

Beato Eustaquio van Lieshout

(1890 – 1943)



**De los vidrieros belgas valones
a los buscadores de oro de Brasil
“Salud y Paz”**

Edouard Brion

Introducción

El viajero que aterriza en la gran metrópoli de Belo Horizonte, capital del estado de Minas Gerais de Brasil, se asombra, sin duda, al leer en los autobuses, tranvías y taxis las palabras “Padre Eustaquio” como final de trayecto. Es el nombre del barrio, y muchas empresas, panaderías y comercios llevan también el nombre de este santo varón. Sorprende el continuo desfile de devotos, sobre todo en sábados y domingos, ante su tumba en la iglesia parroquial de los Sagrados Corazones. El 30 de agosto, aniversario de su muerte, millares de peregrinos se apiñan en las misas celebradas sin interrupción. Nunca han faltado en Brasil taumaturgos que, ya en vida, reunían multitudes: el padre Cicero, fray Damião y otros.

Estas páginas relatan la historia de este hijo de campesinos, nacido en una Holanda meridional ardientemente católica. Él irá a Brasil con la mejor intención de propagar un estilo de catolicismo tridentino en un ambiente que es aún tributario de las prácticas medievales sembradas por los colonizadores. Después se verá arrastrado por un torbellino religioso que él mismo inició con la mejor voluntad. Una aventura que desembocará en su beatificación: primero, <<vox populi, vox Dei>>, su cuerpo será trasladado solemnemente y su tumba se convertirá en lugar de gran peregrinación; después, la jerarquía de la Iglesia reconocerá la heroicidad de sus virtudes, la autenticidad de un milagro atribuido a su intercesión y lo declarará oficialmente beato.

La presente biografía adapta la escrita por el P. Cor Rademaker, historiador holandés, miembro de la misma congregación que el beato P. Eustaquio.

Con los vidrieros belgas valones

El joven P. Eustaquio, ordenado hacía apenas un año, no esperaba ser enviado a ejercer su apostolado con los obreros valones de Maassluis. Esta ciudad industrial, a veinte kilómetros al oeste de Rotterdam, había sido elegida por una empresa de Charleroi (Bélgica), para instalar en los Países Bajos la primera fábrica de vasos de cristal. La fundación de la fábrica de Maassluis se remontaba a 1911 y llevó consigo la llegada de obreros valones y de sus familias de lengua francesa. Se alojaban en pequeñas casas cerca de la fábrica, al lado del río frente al puerto.

Cuando estalla la guerra de 1914-1918, se cierran las fábricas de Bélgica y se refuerza la producción de Maassluis. Muchos amigos y conocidos de los vidrieros buscan refugio allí. Más tarde llegarán soldados prisioneros, conocedores del oficio, para remplazar a los belgas. Estos prisioneros conseguirán que vengan de Bélgica sus mujeres, hijos y familiares: así pueden vivir en familia y les resultan más llevaderas las tristezas del exilio. La ciudad de Maassluis acoge también a un buen número de refugiados del gran éxodo de octubre de 1914. Ante tal afluencia de población católica en una ciudad principalmente protestante, se organiza la asistencia religiosa. A partir de noviembre de 1914 se celebra misa todos los domingos, con sermón y catecismo en francés; pero, hasta que el gobierno belga no construye una amplia escuela/capilla, las reuniones se tienen en un almacén.

Cuando termina la misa, el organista holandés hace sonar el himno de la región de Bravante.

En 1915 es nombrado capellán el P. Gérard Richters, holandés, de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de San Quintín. El número de fieles aumenta. Sacerdotes y religiosos vienen a predicar y a confesar. Se crea un patronato. Se dan conferencias sobre temas diversos: Se funda una asociación católica obrera del vidrio. Su finalidad es defender los intereses materiales y morales de sus miembros y de conseguir mejoras en las condiciones sociales de los obreros por vías legales y según los principios de la iglesia católica. Se pone en marcha una <<Asociación del Sagrado Corazón>> para vivir los primeros viernes de mes, entronizar el Sagrado Corazón en las familias, contribuir a la difusión de la buena prensa, etc...

En este pequeño mundo el P. Eustaquio viene a remplazar al P. Gérard en marzo de 1920. No encuentra más que un grupo muy reducido de gente. El fin de la guerra ha sido ocasión del retorno a Bélgica de cierto número de feligreses y sólo queda el personal ligado a la cristalera. Como la escuela ha cesado sus actividades, se limita a celebrar la misa y a administrar los sacramentos. Está adscrito al convento de Vierlingsbeek, situado al otro extremo del país, en la frontera con Alemania, y donde vuelve de vez en cuando. Todo lo que sabemos de su ministerio entre los belgas valones proviene de los recuerdos de los novicios de entonces a quien él contaba sus experiencias. Los belgas valones forman un grupo turbulento: charlan durante la misa, alborotan y, a veces, se pegan. En cierta ocasión, en el momento de distribuir la comunión, el P. Eustaquio, un tanto desquiciado, se vuelve hacia los asistentes y, con voz grave, exclama en un torpe francés: <<¡El Buen Dios debe estar llorando sobre vuestras irreverencias!>>.

Parece ser que la lección surtió efecto y desde entonces la asistencia se comportó con más respeto.

No se conservan muchos recuerdos concretos del trabajo pastoral de Eustaquio. Sin embargo, a pesar de la brevedad de su ministerio, parece ser que tuvo su buena influencia. Intentó, en primer lugar, ganarse a los niños y, por medio de ellos, a los padres, que respetaban a su párroco aunque parece ser que no eran muy practicantes. A veces se reían delante de él al escuchar el francés aproximativo de Eustaquio (su lengua materna era el holandés) Pero, sin embargo, les resultaba verdaderamente simpático.

Su actividad no se limitó a atender a los belgas valones. Ayudaba al párroco del lugar, sobre todo visitando a los enfermos. También procuró propagar la entronización del Sagrado Corazón en las familias o en las escuelas. Sabemos que presidió la entronización en una escuela católica de chicas en Maassluis con tan mala fortuna que la estatua, mal sujeta, se cayó y se hizo trizas con gran desconsuelo de Eustaquio.

En octubre de 1920 la fábrica retorna a Bélgica. lo que conlleva el fin del ministerio de Eustaquio; pero, no es el final de la historia, pues, cuál fue su sorpresa, que dos años más tarde fue llamado para recibir una condecoración por sus buenos y leales servicios. El 18 de octubre de 1922, el barón Kervyn de Meerendré, secretario del consulado belga se presentó en el convento de Ginneken, cerca de Breda, para otorgar al asombrado religioso el título de Caballero de la Orden de la Corona belga. El P. Eustaquio no pudo menos que decir: "Ahora se me honra a mí, pero hay otros que lo merecen igualmente". El bueno de Eustaquio no se imaginaba la verdad de lo que estaba diciendo. Parece ser que el

destinatario de la condecoración era el P. Gérard Richters, que había pasado varios años prestando sus servicios en Maassluis y que, por error, la distinción le llegó a su sucesor que solo había estado algunos meses. Ante las reclamaciones de los sacerdotes del Sagrado Corazón, unos años más tarde se reparó el entuerto y la medalla del Rey Alberto, mucho menos prestigiosa, fue colgada en el pecho del P. Richters.

Los primeros años

El futuro P. Eustaquio nació el 3 de noviembre de 1890 en Aarle Rixtel (Bravante septentrional). Fue bautizado con el nombre de Hubert; Bertji para los amigos. Su familia es el prototipo de las familias viveros de vocaciones misioneras de entonces. Sus padres, Wilhielmus van Lieshout y Elisabeth van den Meulenhof, son agricultores, propietarios de sus tierras que van poco a poco aumentando. Familia numerosa: trece hijos de los que sobrevivirán once. Tres hijas entrarán en el convento. En esta Holanda calvinista los católicos son minoría que vive a la defensiva. Su fe es viva, fuertemente enraizada en la práctica religiosa. Se reza mucho. No es raro que el domingo se asista a dos misas: por la mañana en la que se comulga si se cree estar en gracia, y al final de la mañana la misa mayor cantada. Se reza el rosario en familia mientras se pelan las verduras o se hace punto. En la época de las flores se ponen diariamente a las estatuas de la Virgen y del Sagrado Corazón. En el jardín se hace una pequeña gruta en honor de María. Se trabaja en familia, salvo en la cosecha en que se contratan a algunos temporeros. La parsimonia, la gran virtud holandesa, es la protagonista. No les gusta derrochar, pero siempre se tiene preparada una limosna y los pobres nunca llaman en vano a la puerta. Cuando se reprocha a la madre dar a troche y moche, ella responde: <<Quizás es a Nuestro Señor a quien he ayudado>>.

Bertje no tenía aún cinco años cuando entra en la escuela maternal de las monjas del pueblo. En una foto de entonces

aparece con la cabeza un poco inclinada, no por piadoso, como lo será después, sino porque un compañero le tira de la oreja.

En la escuela primaria es todo menos brillante. Un compañero de clase recuerda: <<Bert van Lieshout era ciertamente un poco tontorrón, duro de mollera. El maestro se las veía negras para hacerle comprender las cosas. Las clases particulares no le servían de nada. Copiaba de su vecino y repetía mecánicamente las respuestas equivocadas que le soplaban>>.

No le gustaba el trabajo de la granja. Bien que mal, cuando no podía escaquearse, se limitaba a recoger leña seca o recolectar habas. Ni hablar de limpiar el establo. La suciedad le causaba pavor. Su actividad preferida era el bricolaje o jugar con el perro, a no ser que se entretuviera jugando a decir misa en el granero ante sus tres hermanas –futuras religiosas-, edificadas por sus pequeños sermones. Se comprende que los planes de su padre, que le veía como su sucesor en la granja, se vinieran abajo.

Cuando inicia el seminario y la enseñanza secundaria, su bagaje intelectual es reducido, pero su voluntad inquebrantable. ¿Qué importancia tienen diez años en vez de seis? Lo importante es llegar a la meta. Su largo camino tiene dos etapas en las que se va precisando el objetivo. Pasa los dos primeros años en el seminario diocesano, la “escuela latina” de Gemert, en un ambiente rural, no lejos de la casa paterna. Bert recorre el camino todos los días: una hora a pie cuando las cosas van bien. Como las clases le atraen poco, con frecuencia se entretiene por el camino. Come a mediodía en una familia donde a veces pasa la noche. Los hijos

guardarán de él el recuerdo de un muchacho campesino muy torpe, con gruesos zapatos, con pantalón pasado de moda y muy corto, tremendamente tímido; sin embargo, de buen carácter e incapaz de guardar rencor a nadie.

Acabado el segundo curso, durante las vacaciones, sigue clases de francés en los jesuitas exiliados en el castillo de Gemert.

Después de estos dos años tan difíciles es comprensible que Bert busque un internado que le garantice mejor formación, sobre todo porque acaba de enterarse de que hay una escuela llevada por la congregación a la que había pertenecido el P. Damián, el apóstol de los leprosos, figura que conoció leyendo un opúsculo en Gemert. En 1905 Bert va a Grave, al Instituto Damián. En vez de comenzar el tercer curso se ve degradado a preparatorio. Con gran dificultad, año a año, consigue pasar al curso siguiente, hasta que en el penúltimo curso tiene que repetir. Después de algunas dudas, decide continuar. Había leído en la *Imitación de Cristo* que hay que aceptar la humillación.

Interpretar un papel, hacer teatro, eso sí que le gustaba a Bert. Incluso en su lecho de muerte recordará las obras de teatro que había interpretado. En Grave se trata de ampulosos melodramas sobre temas muy católicos. En *El perseguidor de los cristianos* Bert interpreta el papel del cardenal legado de Gregorio VII. En otra ocasión es el gran visir del sultán que amenaza con derribar a cañonazos las murallas de la ciudad. Pero también participa en divertidas comedias. Sobre el escenario es irreconocible: ya no es el campesino desmañado y tímido, sino un ser apasionado, que gesticula con fogosidad, declamando su texto en un tono solemne y afectado con

profunda voz de bajo. Adopta un aire altanero y distinguido. Algo de eso se percibirá más tarde en su predicación y en la postura de ciertas ocasiones. Esta patética y piadosa ampulosidad se reflejará en las poesías que Bert en sus últimos años de humanidades, lo que le expone a verse ridiculizado por algún compañero menos romántico.

Bert termina sus estudios secundarios. Va a dar el paso decisivo: entrar en la vida religiosa. Por eso, es oportuno decir ahora unas palabras sobre la congregación religiosa en la que ha decidido ingresar.

Los Padres de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, llamados Padres de Picpus, llegaron a Holanda en 1880. La rama femenina se les uniría más tarde, en 1905, expulsadas de Francia por la ley Combes. La congregación había sido fundada en Poitiers durante la Revolución Francesa por un sacerdote de la región, Pedro Coudrin, y por una joven aristócrata, Enriqueta Aymer. Tras la caída de Napoleón, los padres se sienten orientados hacia las misiones extranjeras, en concreto hacia Oceanía oriental. Para reclutar vocaciones fundan sus primeras casas en los Países Bajos. En principio el camino de Bert parece estar trazado hacia las islas oceánicas; pero, veremos después que la evolución de la congregación abrirá otras perspectivas. Antes de ello, vamos primero a acompañar a Bert en su ingreso en el noviciado.

Noviciado y votos

El 10 de septiembre de 1913 Hubert van Lieshout, ya con veintidós años, llega, lleno de entusiasmo, a la casa noviciado, situada en Tremelo (Bélgica), no lejos de Lovaina. En aquel entonces las comunidades de la congregación holandesas y alemanas dependían aún de Bélgica, donde, con el fin de reclutar misioneros para las islas, se fundaron las dos primeras casas en 1840: Nivelles, que sólo durará cuatro años, y Lovaina en la que se formó san Damián de Molokai. Precisamente, cerca de su casa natal, en Tremelo se estableció el noviciado en 1908.

Hubert forma parte de un grupo de dieciocho candidatos, llamados “postulantes”: siete holandeses, cinco alemanes, cuatro belgas y un francés, todos ellos aspirantes al sacerdocio. El 23 de septiembre comienza el noviciado con la toma de hábito. Hubert recibe un nuevo nombre, signo de su cambio de vida: Eustaquio. ¿Por qué esta elección? Lo ignoramos.

Este grupo internacional es confiado a un maestro de novicios alemán, el P. Medardo Kaiser, que es también consejero del Superior Provincial de Bélgica. Era toda una autoridad, un hombre tranquilo, que sabe dejar libertad de movimientos a sus discípulos y sólo impone su autoridad en caso necesario. Tiene dos asistentes, un alemán y un flamenco. Éste, el P. Macario Timmermans, a pesar de su aspecto poco agradable, como tallado a hachazos, siempre está dispuesto a escuchar a

todos. De Eustaquio no guarda más que vagos recuerdos como que a veces le llamaban Mater Dolorosa. El otro, el P. Clemente María Saxowsky, era de personalidad muy distinta. Muy emotivo y con cierta inclinación al misticismo y a los hechos asombrosos. Aunque Eustaquio se entendía bien con él, no le marcó demasiado.

¿Cómo era el novicio Eustaquio? Los testimonios que se conservan están de acuerdo en algunos puntos. Se tomó el noviciado con seriedad. Era especialmente obediente a todas las reglas y reglamentos que el novicio debe observar. Era persona de oración, particularmente fiel a la adoración al Santísimo Sacramento que los novicios practicaban por turno, de media en media hora, a lo largo del día. Cuando el reemplazante se retrasaba, él continuaba sencillamente la adoración. Su devoción a María llamaba la atención de sus connovicios, pero no era para nada un santurrón, sino que estaba siempre dispuesto a ayudar y su trato era agradable. No perdió su gusto por el teatro y con sus dichos era capaz de provocar la carcajada.

Las calificaciones que con regularidad dieron de él el maestro de novicios y sus asistentes, eran siempre positivas: piedad, espíritu religioso, obediencia a la regla y reglamentos, salud. Aunque ponían un pequeño pero a sus capacidades. Las calificaban de mediocres aunque sin ser malas Destacaban, eso sí, su aunque hacen notar que es un trabajador incansable. De carácter entregado, caritativo, juicioso, un tanto obstinado y algo original.

Al acercarse el final del noviciado es admitido a la profesión temporal, o sea, a hacer votos religiosos de pobreza, castidad

y obediencia por tres años; pero, un acontecimiento imprevisto va a trastocar todos los planes.

A comienzo de 1914 los alemanes invaden Bélgica; los hermanos alemanes parten de inmediato; primero, a los Países Bajos y después, la mayoría, a Alemania: los novicios, su maestro y uno de los asistentes. El P. René De Baetselier, belga, toma el relevo de maestro de novicios. El 19 de agosto, al acercarse las tropas alemanas, tiene que huir con toda la comunidad. En Malinas los novicios holandeses consiguen por muy poco tomar el tren que les llevará a su país, para después irse a sus familias.

Una vez en su hogar el novicio Eustaquio prefiere no eternizarse en este “mundo de perdición”, como se decía en el convento; así que se refugió en Durgén en el convento de su hermana religiosa. . Allí presta toda clase de pequeños servicios, visitando a las personas mayores y enfermas, incluso a los tuberculosos, sin tener en cuenta las advertencias de la hermana enfermera.

Mientras tanto Grave se ha convertido en lugar de encuentro de todos los que han huido de los conventos de la Congregación: alumnos de las escuelas apostólicas, novicios, hermanos estudiantes, hermanos conversos, padres...

Se alquila para los novicios una casa que pertenece a los Padres de la Sagrada Familia en Oliestraat. El noviciado se reinicia en octubre; pero, surge un problema: la interrupción del noviciado ha sido tan larga que sería necesario comenzarlo de nuevo. Felizmente el 3 de noviembre llega un mensaje de Roma comunicando que basta con completar los meses que faltaban. No todo fue de color de rosa durante los meses que

precedieron a la profesión religiosa. La casa, vieja y siniestra, no es el convento soñado. El pequeño dormitorio proporciona a los novicios muchas ocasiones de mortificación, durmiendo en colchón de paja o en el suelo. Además hacía un frío congelador.

La mayoría del tiempo tienen que pasarlo dentro de la casa, pues para el tiempo de recreo sólo disponían de un pequeño jardín detrás de la casa y donde se sentían vigilados en todo instante por los vecinos. Faltaba intimidad. Además, en cuanto empeoraba el tiempo, era imposible salir. El único refugio era la sala de estudio. En muy contadas ocasiones se podían permitir un paseo por los alrededores. Pero, en fin, bien está lo que bien acaba. El 27 de enero de 1915 llega el día tan esperado de la profesión religiosa: con el hermano Eustaquio, siete holandeses, dos belgas y un alemán revisten el hábito religioso completo: además de la esclavina y la sotana blanca, el escapulario —amplia pieza de tela blanca que cubre pecho y espalda casi hasta los pies— sobre el que va un escudo de tela en el que están bordados en color los Sagrados Corazones de Jesús y de María, rodeados de una triple corona de espinas. Después de la investidura los hermanos pronuncian sus votos temporales. Conservamos una carta del hermano Eustaquio que evoca este acontecimiento:

<<Mis queridos padres, hermanos y hermanas, el hermoso día ya ha tenido lugar. Fue un día que quizás ningún otro pueda borrar de mi memoria. Puedo compararlo con mi primera comunión, la jornada más hermosa que hasta ahora habíais conocido. Pero, en cierto sentido, este día es aún más hermoso, pues en este día nosotros damos, mientras que en la primera comunión nosotros recibimos... Desde ahora llevo, pues, el escudo de los Sagrados Corazones

de Jesús y de María sobre mi pecho. He sido revestido con el escapulario y ceñido con un cordón blanco en lugar del negro. También hemos recibido un manteo blanco que llevaremos en ciertas ocasiones religiosas especiales.

Entramos en la capilla con un cirio encendido en la mano cantando el salmo: “Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor; ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén”. Después el Padre Superior entonó el Veni Creator y nosotros, a pleno pulmón, cantamos: “¡Ven Espíritu Santo Creador!”.

A continuación se nos dirigió una conmovedora arenga que nos estimuló a hacer nuestro santo sacrificio. Vino después la bendición de los cordones blancos, de los escapularios y de los manteos con los que fuimos revestidos. Seguidamente pusimos nuestras manos entre las del representante del Padre Superior General, el P. Sigismond, y pronunciamos la fórmula de nuestros tres votos. Después prestamos juramento con las manos sobre el evangelario. Comprenderéis con qué alegría hemos terminado cantando el Te Deum, A ti, oh Dios, te alabamos.

Ya hemos comenzado los estudios de filosofía... Jaantje (su hermana pequeña) no tiene que olvidarme. ¡Gracias a todos por vuestras oraciones y felicitaciones! ¡Rezad por la paz! Vuestro hijo y hermano en Jesucristo, Hº Eust. ss.cc.>>

Así comenzó de lleno Hubert van Lieshout, alias hermano Eustaquio, ss.cc., comenzó de lleno la vida religiosa. (“ss.cc.” es la abreviatura de *Sacrorum Cordium*, “de los Sagrados Corazones”, que designa a la congregación).

Hacia el sacerdocio

A finales de enero, después de la profesión, Eustaquio y sus compañeros inician los estudios de filosofía. En septiembre de 1916, en el escolasticado de Ginneken, cerca de Breda, Eustaquio termina su año de filosofía. Junto con sus compañeros comienza la teología. El programa conlleva clases de dogmática, exégesis bíblica, historia de la Iglesia, teología moral, oratoria sagrada, liturgia y derecho canónico. Las clases se limitan a ser un comentario de los manuales en uso. Casi ningún profesor ha recibido una formación especial, salvo el superior, el P. Norbert Poelman que ha estudiado en Roma; sin embargo, todos ellos son personas estudiosas y deseosas de dar lo mejor de sí mismos. Por su parte, los estudiantes no parecen ser muy entusiastas de los estudios. Eustaquio consigue superarlos, aunque fuera por los pelos.

Dos acontecimientos marcan estos años en Ginneken. De un lado, la gripe española de 1918-1919 provoca la muerte de tres de sus compañeros; y, por otro, la construcción de un nuevo edificio con capilla para agrandar la primitiva casa. El 18 de marzo de 1919, con la bendición de la capilla se pone fin a las obras. Es aquí donde el hermano Eustaquio será ordenado sacerdote el 10 de agosto siguiente.

Pero antes de esta etapa tan importante, veamos un poco más de cerca la actitud de Eustaquio durante sus estudios. Ésta es la visión que, en síntesis, propone el documento romano preparatorio para la beatificación:

<<En los comienzos al hermano Eustaquio le costaba seguir los estudios: su memoria no era buena y no tenía facilidad para comprender los problemas filosóficos; sin embargo, poco a poco fue tomando gusto a la teología. Su comprensión de los temas pastorales era más que suficiente. Por eso sus profesores no tuvieron inconveniente en admitirle a la ordenación sacerdotal. Era un buen religioso, y sus profesores y compañeros le tenían por un buen hermano. Era un agradable compañero de estudios, servicial y celoso. Su equilibrio era estable>>.

Sin embargo, los testimonios de sus antiguos condiscípulos no son unánimes. Incluso estimándole, un compañero suyo de promoción pone sus pegas. Cuando Eustaquio hizo una pequeña capilla mariana y reunió a sus compañeros para rezar y cantar, él no quiso unirse. Había descubierto, con gran extrañeza por su parte, una especie de látigo en la celda de Eustaquio, sin duda alguna para mortificarse. Aún apreciando su celo, su entrega como religioso y su piedad, encontraba todo esto exagerado y no soportaba bien su manera solemne de hablar y de actuar, signo, a su entender, de falta de sencillez y de cierta arrogancia.

Otros son más positivos. No ven malicia alguna en su tono solemne; así, un día, como si proclamara un oráculo, le dijo al profesor de la clase más elemental, la preparatoria, qué exigente debía de ser esa tarea.

Otras anécdotas resaltan su hablar afectado o su torpeza. En fin, nada de importancia.

Los distintos recuerdos de sus compañeros dan más bien una imagen simpática del futuro beato. Sin duda los estudios le

pesan y no tiene afición por los libros; pero esto es muy corriente en los jóvenes que de por sí son más propensos a la acción y al apostolado. Con su juicio bien equilibrado y su sentido pastoral consigue superar los exámenes. Su trato es agradable y le gusta ayudar. En ocasiones, con sus bromas, sabe distender el ambiente.

Así, mal que bien, llega a la meta: el sacerdocio. Además de superar los exámenes, ha ido recibiendo las órdenes menores. El 23 de julio de 1916 da el primer paso: la tonsura. El 17 de marzo de 1918 recibe las órdenes menores (ostiario, lector, exorcista y acólito) en la capilla del convento y, al día siguiente, hace su profesión perpetua. Un día después es ordenado subdiácono por Monseñor Hopmans, obispo de Breda. La ordenación de diácono tiene lugar al año siguiente el 11 de mayo de 1919. El 10 de agosto, con seis compañeros más, recibe la ordenación sacerdotal.

El 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, el nuevo sacerdote celebra su primera misa en su parroquia de Beek en Donk. La fiesta es grandiosa. Los momentos más importantes de su vida, desde la cuna al sacerdocio, son plasmados en hermosos dibujos. La coral de Beek le da la serenata, ocasión para que él, con su voz estentórea, elogie solemnemente a los músicos. Como recuerdo se distribuyen piadosas estampas en las que el misacantano pide: <<Todos los que me habéis acompañado con vuestras oraciones en el camino hacia el altar, no dejéis ahora de rezar por mí que me he comprometido a ofrecer a Dios un sacrificio agradable. El recuerdo de quienes me han ayudado, me acompañará al altar todos los días de mi vida>>.

Tras pasar unos días de vacaciones en un clima idílico en la familia y en la parroquia, se trasladará a su primer destino.

Apostolado en los Países Bajos

Los primeros cinco años de la vida sacerdotal del P. Eustaquio, de 1919 a 1924, son mal conocidos, a pesar de los porfiados esfuerzos e investigaciones del P. Jan Van Westerhoven, archivero de la provincia holandesa de la congregación de los Sagrados Corazones. Parece ser que tuvo una gran diversidad de actividades de corta duración.

¿Cómo se explica esta falta de estabilidad? Hemos visto anteriormente que hasta la guerra de 1914-1918 los religiosos holandeses dependían de Bélgica, que era la que aseguraba el envío de misioneros a Oceanía o a América del Norte. Por causa de la guerra y por lo difícil de las comunicaciones, los hermanos holandeses se ven obligados a tomar una mayor independencia, que les llevará, en 1923, a constituirse en provincia religiosa. Las vocaciones afluyen cada vez más numerosas, pero todavía no ha habido tiempo para encontrar nuevos y suficientes campos de apostolado. Ésta sería la razón por la que, durante unos años, los recién ordenados sacerdotes hayan tenido dificultad para encontrar ocupación. Cuando la nueva provincia holandesa acepta una misión en Indonesia y decide ir a Brasil, se resuelve el problema. Es claro que de ninguna manera se puede cuestionar ni el celo de los nuevos sacerdotes ni la capacidad de los superiores para encontrarles trabajo.

Así vemos que, después de su ordenación sacerdotal, Eustaquio va destinado al convento de Vlieringsbeek, como

socio del maestro de novicios. Su principal tarea es acompañar a los futuros hermanos conversos, destinados a los trabajos manuales y no al sacerdocio. Con frecuencia se ausenta para predicar retiros o triduos, y, como ya hemos visto, a partir de 1920, se encargará de los vidrieros de Maasluis.

Cuando acaba su ministerio en Maasluis, Eustaquio va a la comunidad de Ginneken. Aquí, durante el año 1921, se entrega a distintos ministerios que no son fáciles de precisar: ¿ha colaborado en la parroquia Santa Hildegarda de Rotterdam? Lo único que sabemos es que un compañero contó que Eustaquio se había quejado en comunidad de la envidia y de cierta antipatía que le tenían los coadjutores de esta parroquia.

En esta época en la casa de Ginneken se dan conferencias sobre el Sagrado Corazón ilustradas con diapositivas. Eustaquio colabora a veces, aunque no es muy hábil en el manejo del proyector. Un día se le quemó. Otra vez se recibió un telegrama en Ginneken: nuestro protagonista, que se encuentra en una ciudad muy lejos de allí, pide que con urgencia se le venga a ayudar porque no sabe cómo hacer funcionar el proyector...

El 25 de febrero de 1922, el obispo de Haarlem le nombra coadjutor de la parroquia de Roelofarendsveen para ayudar al párroco y al coadjutor. Al no haberle asignado un campo determinado, Eustaquio visita a todos los parroquianos, sobre todo a los enfermos y a las personas necesitadas, tanto es así que la gente guardará un estupendo recuerdo de él.

También se compromete mucho en las asociaciones católicas de la parroquia: director espiritual de la Acción social católica e

interviene en una asociación que ayudaba a la preparación de los entierros.

Promueve con entusiasmo la Entronización del Sagrado Corazón, obra propia de su Congregación y que había sido iniciada por el P. Mateo Crawley-Boevey, religioso latinoamericano de los Sagrados Corazones, que recibió el apoyo del papa Pío X. La finalidad de la Entronización es que la realeza de Cristo sea reconocida en los hogares y en las instituciones. En Holanda tendrá un gran desarrollo.

El momento cumbre del ministerio de Eustaquio en este periodo es su participación, junto con un grupo de feligreses, en el primer congreso eucarístico nacional en Amsterdam en octubre de 1922. Fueron en barco, hondeando banderas y estandartes. Después de la misa mayor y del sermón en la iglesia Vondel, y tras un agradable picnic, la multitud, banderas al viento, va en procesión al estadio, para la ceremonia de clausura, con el P. Eustaquio en cabeza, desbordante de entusiasmo. El trayecto dura una hora y atrae las miradas de los habitantes de Amsterdam, siempre deseosos de novedades.

Tampoco se puede dejar de mencionar de manera especial el apostolado de Eustaquio como director espiritual de la Acción social católica. Puso todo su empeño en editar un folleto semanal titulado "Nuestra ambición" en el que él mismo escribe relatos edificantes. En cada número se puede leer un episodio de un relato por entregas titulado "Su Sacrificio". Inventa los episodios sobre la marcha, sin tener prevista la continuación. Pronto los lectores juzgaron que el entretenimiento ya había durado bastante y pidieron al autor que llegara al desenlace.

Es precisamente en esta época cuando es llamado a Ginneken para recibir la condecoración del cónsul de Bélgica.

Su trabajo en esta parroquia termina el 18 de agosto de 1923, fecha en que el obispo le releva de manera honrosa. En la despedida el párroco, en la crónica de la parroquia, le llama “Raptor cordium” (conquistador de corazones). El folleto “Nuestra ambición” publica un artículo lleno de afecto: “¡Se va nuestro padre!, porque de verdad ha sido nuestro padre. En el corto tiempo que ha estado en nuestra parroquia, ha llegado a ser de verdad uno de nosotros por su tarea de director espiritual de varias asociaciones religiosas, por su presencia en el confesonario, en el púlpito, en la iglesia; ha sido uno de nosotros en su despacho donde recibía a todo el mundo; ha sido uno de nosotros en nuestras propias casas donde venía a consolar a los enfermos, a aconsejarnos en las situaciones difíciles, a ayudarnos económicamente; ha sido uno de nosotros por su ejemplo de humildad y de modestia, por su piedad y sentido religioso; ha sido uno de nosotros sin exceptuar a nadie, pobre o rico”.

El 1 de septiembre de 1923 en el folleto “Nuestra ambición” se anuncia que en el comité local de la Acción social católica se puede adquirir una foto de Eustaquio por un florín. Él aparece sentado junto a una mesa con flores y en la que destaca una estatua del Sagrado Corazón. A algunos todo esto les parecía un poco demasiado; pero, veinte años después, muchos parroquianos aún manifestaban su agradecimiento por todo lo que el P. van Lieshout había hecho por ellos. En 1936 volvió a la parroquia en un viaje de Brasil y predicó las Cuarenta Horas con mucho éxito gracias al buen recuerdo que la gente tenía de él. En 1945 el párroco afirmaba que en algunas casas aún había fotos de Eustaquio, tomadas con ocasión de alguna

entronización. Su devoción al Sagrado Corazón y su apostolado quedaron muy grabados en los recuerdos.

Después de su ministerio en Raelofarendsveen, Eustaquio se encuentra en Ginneken a finales de agosto de 1923 y es vicario durante algunos meses en la parroquia de Voorschoten, pero tenemos poca información de esta estancia; sin embargo, sí que se conservan algunos esquemas de los retiros que predicó durante estos años.

Durante la cuaresma de 1924 Eustaquio predica en Bergen, Holanda del Norte, como aparece en esta carta que dirige a su familia:

“Bergen. Ya me he acostumbrado a estar aquí. Ayer comencé los sermones cuaresmales a las siete de la tarde. La iglesia estaba magníficamente llena y el público muy atento; la semilla sembrada parecía caer en tierra fértil. No sé cuánto tiempo me quedaré aún aquí, pues el vicario va a tomarse un descanso durante algún tiempo. Es una parroquia donde hay mucho que hacer. La región es hermosa, pero, como ya lo he escrito, sopla una fresca brisa marina, agradable en verano, pero fría en invierno. Cuando se es del sur, uno tiene que acostumbrarse”.

Desde primeros de mayo de 1924 hasta finales de julio, Eustaquio reside en la isla de Schiermonnikoog donde estaba la casa católica de vacaciones y de convalecencia Sain-Egbert y que también acogía campamentos de verano. Seglares y religiosas se encargaban de los niños bajo la dirección de una cierta señora Jo Reinhardt, apodada “la papisa Juana”. Ella es la que “pescó” a Eustaquio, ya que

reclutaba sacerdotes para sus campamentos sin ni siquiera consultar al arzobispo.

Nada más llegar al campamento, el P. Eustaquio recibe la noticia de la muerte de su padre, 3 de mayo de 1924. Felizmente, hacía poco que lo había visitado y llevado la comunión. En ese momento su padre dijo: “¡Qué orgulloso estoy de ver a Hubert subir al altar!”. Eustaquio no pudo asistir al funeral, retenido por su apostolado.

Conservamos algunos ecos de su estancia en la isla. Una niña que pasaba allí sus vacaciones escribía lo siguiente a un padre de la congregación: “Primero tuvimos aquí a un padre santo; ahora, tenemos a uno que ríe sin parar, ¡incluso en el confesonario!”. El padre santo en cuestión no podía ser otro que Eustaquio.

Hacia América Latina

Desde sus orígenes la congregación de los Sagrados Corazones está presente y activa en América latina. El primer grupo de misioneros que iba rumbo a Hawai en 1824, se detiene en Valparaíso (Chile) y funda allí una comunidad. Poco después se les unen las religiosas de los Sagrados Corazones. La congregación se irá extendiendo a lo largo del tiempo en varios países de América del Sur: Perú, Ecuador, Méjico, Bolivia y, poco después, Argentina. En 1923 el Superior General, Flavien Prat, escribe a la recién fundada provincia de los Países Bajos que cuanto antes vayan a América Latina. Ve en ello un doble interés: la posibilidad de numerosas vocaciones para la congregación y la fundación de colegios que aseguren la viabilidad del proyecto.

Tanto la casa general como la provincia holandesa se informan a fondo y examinan las posibilidades. A lo largo del año 1924 se van viendo perspectivas interesantes en Uruguay y en Brasil. Al principio las dos posibilidades se tienen en cuenta, aunque inclinándose hacia Uruguay. Poco después llegan también propuestas de Venezuela.

Eustaquio es elegido para formar parte del equipo de pioneros con Gil van den Boogaart y Matthias van Rooij. Así escribe a una de sus hermanas religiosas:

<<¿Noticias? Sí. En agosto iré unos días de vacaciones en familia; esto quiere decir que yo iré a pasar un día con mis

queridas Hermanas, pero después... Después iré aún más lejos que lo que estoy ahora, primero a España, después a América del Sur (Estado de Uruguay). Ida a España: hacia el 15 de agosto (estaré con mis hermanos españoles sobre todo para aprender la lengua). El P. Egidio van den Boogaart será mi compañero>>.

El 1 de septiembre de 1924 nuestros tres hermanos parten para España con destino a Miranda de Ebro. Aquí la congregación tiene una comunidad y un colegio. Siguen algunos cursos para ir aprendiendo los rudimentos del español y viven la vida de comunidad. El francés que aprendieron en sus estudios secundarios les permite no sentirse demasiado extraños, pues los hermanos españoles conocen el francés, entonces lengua oficial de la congregación.

Pero, finalmente, los superiores deciden concentrar las fuerzas en Brasil y, como allí se habla portugués, no tiene sentido alguno aprender español; por eso, en febrero de 1925 los tres padres vuelven a Holanda. Lo cierto es que dejaron un buen recuerdo como se puede ver en una carta que el P. José Palomero, miembro de la comunidad de Miranda, escribió más tarde:

<<Hicieron rápidos progresos, sobre todo el P. Gil, que tres meses después de su llegada hizo un notable sermón por la facilidad con que lo pronunciaba. Al P. Eustaquio le costaba más, pero su perseverancia y empeño eran grandes; aprovechaba el recreo y los paseos para hablar con los estudiantes y ejercitarse en la pronunciación. Pocos días después de su llegada se fueron a pasear juntos a la ciudad y a hablar con la gente. A la vuelta contaban sus impresiones.

Los tres se señalaban por su piedad y actitud reservada. Hablaban poco de la situación de su patria y se adaptaban perfectamente a los reglamentos y costumbres del convento. El P. Eustaquio se distinguía por su gran humildad, su caridad y su gran delicadeza. Se esforzaba siempre por no molestar a nadie. Creo que fue por entonces cuando hizo el sacrificio de dejar de fumar para atraer sobre su futuro apostolado la bendición del cielo>>>.

Había que concretar dónde se haría la fundación brasileña. Hubo varias ofertas tentadoras, entre ellas la del salesiano don Antonio de Almeida Lustosa, nuevo obispo de Uberaba. El superior provincial, con los tres misioneros, iría a verlo. El momento de la partida se acercaba.

Al volver de España, nuestros tres pioneros van a Ginneken para la ceremonia de despedida con los escolásticos, quienes, como solía ser costumbre, compusieron un festivo canto para la circunstancia.

La canción entonada con motivo de la entrega de la cruz de misioneros en el adiós oficial en Ginneken el 21 de abril de 1925 fue aún más solemne y conmovedora.

Al repetir el estribillo de la canción los asistentes no pueden retener las lágrimas:

¡Adiós, amigos míos, en esta vida terrenal!

¡Llevad el nombre de Dios por encima de la muerte y del infierno!

Nos volveremos a ver en cielo que Dios nos prepara. ¡Adiós, hermanos, adiós!

El 22 de abril de 1925 llega el gran día de la partida. En Amsterdam el superior provincial y los tres misioneros se embarcan en el *Flandria*. Ese mismo día Eustaquio envía una tarjeta a su familia con estas palabras:

<<¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús! Todo marcha bien. El barco está ya en ruta hacia Ijmuden. Por ahora no hay problemas. El tiempo es magnífico. Hay varios eclesiásticos a bordo. Los camarotes son magníficos. Estamos muy contentos. En este momento el P. Aloysius está a mi lado. Hasta la próxima. Recordémonos mutuamente. Vuestro agradecido hijo y hermano, Eustaquio, ss.cc.>>

Firman la tarjeta también los padres Aloysius, Alexis y Gil van der Boogaart. Durante el viaje se les comunica que la nave ha aumentado la velocidad para procurar recuperar el retraso y llegar a tiempo al puerto francés. Como a Eustaquio eso le parece que será inútil, no puede menos de soltar una de sus frases solemnes: <<¡Es una tontería! Cuanto más deprisa vayamos, más deprisa estaremos en retraso!>>

Una parroquia llamada “ vertedero”

Dejemos de momento a nuestros pasajeros meciéndose por el vaivén de las olas y preguntémosnos: ¿es comprensible esta preferencia holandesa por el Brasil? Para entenderla basta con mirar las relaciones que se habían ido entretejiendo entre los dos países. Sin remontarse hasta el s. XVII y a las conquistas de Maurice Nassau, puede comprobarse en los católicos holandeses un amplio movimiento hacia Brasil ya a partir de la primera parte del s. XIX. Al principio son los religiosos quienes van a restaurar conventos y abadías abandonados y a fundar escuelas. Después de la primera guerra mundial son centenares de sacerdotes, religiosos y religiosas los que atraviesan el Océano. Se comprometen en la enseñanza y en el ministerio parroquial, en la formación del clero y en las misiones populares, incluso en la evangelización de los indios de la Amazonía. Nuestros hermanos misioneros se insertan, pues, en una amplia corriente. A la muerte de Eustaquio hay quinientos noventa y ocho misioneros holandeses en Brasil. El número de religiosos de los Sagrados Corazones en esta época aumentó de tres a setenta y siete. Es incluso la misión más importante de la congregación de los Sagrados Corazones: en Indonesia el número no sobrepasó los veinte misioneros. Después de la segunda guerra mundial el número total de misioneros holandeses en Brasil conoce todavía un aumento mayor. De cada diez sacerdotes en activo en Brasil, uno es holandés. Algunos han sido figuras muy conocidas, como el exégeta carmelita Carlos Mesters.

Volvamos a nuestros pasajeros del *Flandria*. La travesía les está resultando un verdadero viaje de placer. Se conserva un relato escrito por Eustaquio. Espiguemos en él:

<<Estamos ahora bordeando la costa de África, el país de san Agustín y de su santa madre Mónica. Después, dos

jornadas sin ver tierra, pero fueron días inolvidables por la hermosura del sol y la superficie azul del mar>>.

<<Domingo 3 de mayo. Dos santas misas ya: a las seis y a las seis y media. A las nueve y media santa misa en clase de tercera. Muchos han pedido confesar y comulgar. A las diez y media yo mismo he dicho la santa misa en primera clase>>.

<<Esta tarde los brasileños nos han invitado a celebrar con ellos el 425 aniversario del descubrimiento de Brasil. Ha sido una gran fiesta y nosotros hemos ofrecido a los brasileños una caja de puros holandeses con un lote de tabletas de chocolate Kwatta. ¡Delicioso regalo! Se ha cantado y declamado, y uno de nosotros les ha agradecido su invitación, felicitándoles también por este curioso aniversario>>.

El 12 de mayo de 1925 el barco entra en el puerto de Río de Janeiro en medio de un ambiente festivo. El P. Venancio Hulselmans, ss.cc., llegado a Brasil en 1932, escribe en su biografía del P. Eustaquio:

<<Millares de personas se encontraban en el muelle y centenares de pequeños barcos engalanados iban al encuentro del Flandria. Las bandas tocaban y el pueblo lanzaba gritos de alegría en honor de los héroes del fútbol que venían en el barco de vuelta de una victoriosa gira por Europa. Los compañeros de Eustaquio decían bromeando: "Toda esta gente piensa que ha venido a homenajear a sus futbolistas; pero, en realidad, ha venido a saludar a nuestra congregación". Buena ocasión para que Eustaquio profetice: "En verdad nunca había pensado que la congregación de los Sagrados Corazones fuera recibida en un ambiente tan festivo. ¡Debe ser el presagio de cosas milagrosas!">>

Desde su llegada, el superior provincial y sus tres compañeros pueden alojarse todo el tiempo que seseen , en el colegio de los Premonstratenses holandeses de Petrópolis.

Ahora, lo primero que tienen que hacer es concretar el campo de apostolado con el obispo de Uberaba, Don Antonio de Aleida Lustosa, un prelado muy competente y simpático. Aprovechan también el tiempo para estudiar el portugués. Para Eustaquio era el mismo rompecabezas que para aprender el español, hasta que un día, agotada su paciencia, cierra los libros y decide aprenderlo en la calle, hablando con la gente.

El 15 de julio, tras haber llegado a un acuerdo con el obispo, el padre provincial instala a sus hermanos en la casa rectoral de la pequeña localidad de Agua Suja. Literalmente este nombre, que se puede traducir por “vertedero”, significa “agua sucia”. Ya explicaremos por qué. Van a encargarse de esta parroquia y de la de Rio das Velhas y, más tarde, de Nova Ponte. En total tres iglesias, seis capillas y unas dieciséis mil almas. La extensión de su campo de acción venía a ser de unos 5.000 km², lo que suponía largos desplazamientos a caballo que, a veces, duraban hasta seis o siete horas.

El párroco de Agua Suja (1925-1934)

Poco después de llegar a Agua Suja, Eustaquio comunica sus primeras impresiones a su familia:

<<Es indudable que la mano de Dios nos ha conducido hasta aquí. El clima, por ahora, me agrada mucho; sin embargo, el sol puede pegar fuerte, sobre todo cuando uno tiene que ir a caballo siete u ocho horas seguidas en una llanura donde no hay ni el más mínimo árbol que dé un poquito de sombra.

Tendrías que ver los progresos que hemos hecho ya como jinetes. Menos mal que tenemos nuestros propios caballos que se pueden adquirir baratos. Cuando llegamos a destino un muchacho lleva los caballos al prado, mientras que el sacerdote toca la campana. Así las gentes saben que el padre ha llegado y que pueden acercarse para un matrimonio, bautismos, confesiones...>>

Dos años después Eustaquio adquiere un pequeño coche. Así lo comenta uno de los sacerdotes:

<<En Araguari hemos visto también el coche de Eustaquio y lo hemos probado. ¡Qué Ford más vejestorio! Sin faros, sin claxon, sin cristales; sólo lo indispensable para echar a andar. Tres neumáticos eran prestados y en la carrocería había más óxido que pintura. A pesar de ello, hemos dado varias vueltas por Araguari, pero primero hemos tenido que empujar el coche para ponerlo en marcha. Eustaquio puede estar orgulloso. Dice que es el sistema de coches más sencillo que se pueda encontrar. ¡Y en eso tiene razón!>>

Las parroquias se encuentran en el Triángulo Minero, una parte del Estado de Minas Gerais. La búsqueda de oro y de

diamantes es una de las actividades más importantes de la zona. El agua sucia, efecto del aclarado del mineral, ha dado nombre a la localidad. La fiebre del oro provoca violencias, riñas y homicidios. La gente es de gatillo fácil. Eustaquio conserva la cabeza fría y no duda en intervenir enérgicamente para que se respeten las leyes de la iglesia tal como las ha aprendido en su lejana Holanda.

La historia de la muerte de un gran propietario se hizo célebre. Dos hombres armados y a caballo se presentan en la rectoral para pedir a Eustaquio que lo entierre de inmediato, pues el cortejo fúnebre está ya a la puerta de la iglesia. “¿De quién se trata?”, pregunta el sacerdote. “Eso no importa, le responden; es un católico y queremos que tenga funeral”. “Si ustedes no me dicen quién es, yo no me muevo”, dice Eustaquio. Al oír el nombre del difunto, Eustaquio permanece inmutable: “Entiérrenlo, si ustedes quieren; pero no cuenten conmigo. Quien no ha entrado en la iglesia durante toda su vida, no entrará en ella después de su muerte”. A pesar de las amenazas y de los tiros al aire, el sacerdote no hace sino repetir la misma frase, así que el granjero fue enterrado sin gota de agua bendita. Impresionados por esta actitud intransigente y temiendo sufrir la misma suerte, los parroquianos empezaron a frecuentar la iglesia.

Este hecho testimonia el choque entre dos concepciones de catolicismo. De un lado, la vivida en Europa y caracterizada por la importancia del cumplimiento dominical y de la función del sacerdote; de otro, la que era habitual en Brasil, centrada en las procesiones, en las romerías anuales a alguna ermita de un santo, especialmente san Vicente de Paúl, y en las que el sacerdote no interviene más que episódicamente para bautizos, matrimonios o confesiones, como se ha dicho antes.

Una periodista, originaria de Agua Suja, María Dolores Damasceno, relata un episodio curioso que refleja con claridad el tipo de catolicismo promovido por nuestro holandés:

<<El P. Eustaquio quería que sus feligreses fueran cada jueves a la iglesia para orar ante Jesús presente en el Santísimo Sacramento; pero era poca la gente que iba a la iglesia. Un domingo, después de un jueves con poca asistencia, el párroco dijo en el sermón: “Los fieles no tienen interés por Jesús en el Santísimo Sacramento, ¡pero los animales vendrán a adorarlo! El jueves siguiente, a las cinco de la tarde, sucedió lo mismo: sólo se presentaron algunos fieles. Entonces, el galope de un animal atrajo la atención de los presentes. Llegó un caballo, trotando en la plaza de la iglesia; después entró en la iglesia, se colocó en la nave central delante del Santísimo Sacramento. Durante más de quince minutos el animal permaneció sin moverse, de tal forma que algunos fieles tuvieron tiempo para ir a buscar a otras personas para que vieran lo que sucedía. Mucha gente vio el suceso. Finalmente el caballo abandonó tranquilamente la iglesia y volvió a su cuadra. Los que habían escuchado el sermón del párroco conocían la explicación hecho>>.

Agua Suja es un lugar tipo de la religiosidad brasileña, muy diferente de la que Eustaquio intenta instaurar. Es un centro importante de peregrinación, centrada sobre todo en la fiesta anual del 15 de agosto. Se venera a la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de Abadía y se organiza una gran romería; por eso, el nombre tan poco elegante de la ciudad, Agua Suja, será cambiado unos años más tarde por *Romaria*. Los peregrinos vienen de todas partes: unos cincuenta mil peregrinos, acompañados de tres mil carros de bueyes. Muchos quieren cumplir la promesa hecha a María. El obispo, acompañado de varios sacerdotes, también participa en la celebración. Además de la procesión y de los actos en la iglesia, hay feria, fiestas, desfiles, fuegos artificiales, sin olvidar naturalmente las casas de citas.

Insensiblemente Eustaquio y sus compañeros consiguen dar un poco más de profundidad a los ritos de la peregrinación. Organizan una procesión del Santísimo Sacramento con la bendición personal de cada enfermo. En 1928, Eustaquio presiona a la cofradía dueña del terreno de la peregrinación y consigue que se quite la valla del recinto y coloca un vía crucis. En el centro del terreno erige una estatua del Sagrado Corazón a quien los peregrinos se consagran solemnemente. Está también atento a que no roben el dinero de los cepillos; para ello coloca un *pistolero* que le ha ofrecido su ayuda. Esta persona está tan encantada con esta muestra de confianza que jura por todos los santos que este año no faltará ni un céntimo.

Pero lo que más impresiona a la gente es la gran preocupación de Eustaquio por los enfermos. Es verdad que le interesa ante todo la salud del alma, pero nunca duda en prestar ayuda corporal; para ello consulta un pequeño manual holandés, que databa nada menos que de 1650. Incluso se arriesga a ayudar a enfermos contagiosos. Con peligro de su vida succiona el veneno mortal de una serpiente que ha mordido a un joven. Un día, volviendo de una jira (*gira con "g"*) pastoral, visita a un enfermo que decían estar poseído del demonio. Encerrado en una jaula como un animal, recibía la comida a través de una ventanilla. La mujer de este desgraciado, abrumada por sus gritos y aullidos, estaba desesperada. "Lo rocié con agua bendita, dice Eustaquio; y esto, con las oraciones de la Iglesia, produjo un cambio notable. Él comenzó a rezar y a hablarme".

Eustaquio, en una carta, cuenta un episodio parecido:

<<El último día del año pasado se me ha llevado a un pequeño enfermo de trece años a quien yo estuve cuidando dos veces al día durante tres meses. El muchacho había sido alcanzado por una bala de revólver. Sus heridas eran incurables y tenía paralizada la parte inferior del cuerpo. ¡Cuánto sufrió este chico! Era pobre y, además,

abandonado por sus padres. Pienso poner sobre su tumba la siguiente inscripción: “¡Mis padres me han abandonado, pero Dios ha tenido piedad de mí!”>>

No hay que pensar que Eustaquio era el único que trabajaba con entrega en la viña del Señor. Sus hermanos de congregación también contribuían a mejorar la situación, empezando por sus dos primeros compañeros: Gil van den Boogaart y Matthias van Rooij. Cuando ambos partieron, el primero para fundar un colegio en Araguari y el segundo, en Patrocinio, vinieron otros compañeros en su apoyo. Había también algunos hermanos conversos para los trabajos manuales o atender la sacristía, como el H^o Michel Stoop. Incluso, como estaba ya en ruinas la vieja iglesia de Agua Suja, el P. Everard Molengraaff, arquitecto, dibujó los planos de una nueva iglesia. Se derribó la antigua en 1931 y, al año siguiente, ya estaba utilizable, al menos en parte, la nueva. La gente va trayendo poco a poco carretadas de piedra y entonces se hace una fiesta. La construcción duró veinte años y el resultado puede ser calificado de “majestuoso santuario”.

En 1931 Eustaquio recibe la noticia de la muerte de su madre, fallecida a causa de la diabetes. Esta muerte le afectó muy profundamente como lo certifica la carta escrita a su hermana Paulina:

<<Aunque ya me temía la muerte de mamá, sin embargo no sé qué gran gracia me ha sostenido en los días siguientes a conocer la noticia, de forma que he podido soportarla con calma y resignación. ¡Cuánto han rezado mis feligreses por mamá y qué solemne ha sido el funeral! Ver tanta simpatía de parte mis parroquianos y de mis conocidos me ha reconfortado mucho. Los sacerdotes de los Países Bajos se han desvivido por darme toda clase de información y mostrarme su pésame>>.

Podemos terminar este capítulo del apostolado de Eustaquio en Agua Suja con las palabras que el obispo Lustosa escribía ya en agosto de 1927 al superior provincial de los Países Bajos, o sea, apenas dos años después de la llegada de Eustaquio y sus compañeros:

<<He ido de nuevo a Agua Suja para vivir las fiestas de Nuestra Señora de Abadía. Cada año compruebo el gran progreso espiritual de la gente gracias a la entrega de los padres, que son muy apreciados por la gente. Tengo que decir que nuestra diócesis recibe un bien inmenso de la congregación de los Sagrados Corazones. Los padres –no sé si por su carácter o por su virtud- se adaptan de manera casi milagrosa a nuestras costumbres, lo que facilita su apostolado. Logran hacer el bien sobre todo por su agradable trato con el pueblo. No ceso de dar gracias al Señor por la misericordia que derrama sobre nuestra diócesis por medio de estos padres tan merecedores de alabanza>>.

En esta misma línea y de manera más concreta el amigo de Eustaquio, el P. Gil van den Boogaart, escribía a la hermana de Eustaquio en 1931:

<<No tienes que preocuparte por tu hermano: es un santo. La gente no le llama Padre Eustaquio, sino que hablan siempre del Padre santo>>.

Un campo de acción completamente nuevo

El 24 de octubre de 1930 Eustaquio se encuentra de paso en Río de Janeiro para recibir a los padres que acaban de llegar, y es testigo de un acontecimiento inesperado. Así lo cuenta uno de los padres:

<<Acabábamos de celebrar la misa, cuando oímos cañonazos. Unos aviones zumbaban en el aire. Las calles estaban llenas de gente, presa de un pánico cervical. Permanecí todo el tiempo en la calle y me hubiera gustado echar una ojeada al palacio del presidente, que acababa de ser víctima de un golpe de estado; pero Eustaquio no estaba de acuerdo, y era él quien tenía los dineros. Estaba blanco, no sé si de emoción o de miedo. Entonces le dije: "Si es así, vámonos a casa. Nadie nos va a hacer daño". Me respondió: "Tú, si quieres, puedes dejarte matar de un balazo; yo no me muevo de aquí". Y nos quedamos allí>>.

El país vivía la llamada "revolución de 1930", que tendrá importantes consecuencias para la Iglesia y para la vida de los sacerdotes. El nuevo presidente, Getulio Vargas, pide la colaboración de la Iglesia para poner en marcha su proyecto de "Nuevo Estado". Hasta entonces con la república, instaurada en 1889, había separación entre Iglesia y Estado en un clima tolerablemente hostil. De ahora en adelante va a apoyarse en la Iglesia, que preside un hombre de gran talla, el cardenal Sebastián Leme, quien también tiene su proyecto de Iglesia: la "Nueva Cristiandad". No debe haber separación entre la Iglesia y el Estado, sino que, al contrario, ambos deben colaborar para construir una sociedad mejor. A partir de 1934 la Iglesia obtiene ciertos derechos: reconocimiento del matrimonio eclesiástico, prohibición del divorcio, presencia de capellanes en el ejército, exención de impuestos para los

religiosos y subvención de los colegios. De esta manera la Iglesia se ve fortalecida en su lucha contra su propia debilidad interna, la ignorancia religiosa, y contra sus enemigos exteriores como el espiritismo, el protestantismo, el marxismo y el ateísmo. Socialmente se asiste a un desarrollo extraordinario de la industrialización en las afueras de las grandes ciudades. Los campesinos arruinados acuden en masa. Esto les hace perder los lazos que les unían al catolicismo de su pueblo o de las haciendas de donde provenían, como era el caso de Agua Suja. Surge una especie de mercado religioso. Todas las creencias religiosas rivalizan entre ellas: catolicismo popular, espiritismo, cultos afro-brasileños, protestantismo venido de Estados Unidos... Se abre un campo de apostolado completamente nuevo. El catolicismo ya no es la situación normal. Hay que reaccionar principalmente con un esfuerzo en la catequesis.

Este cambio general en el país coincide con una mayor presencia de la congregación de los Sagrados Corazones en Brasil. Llegan nuevos misioneros. En 1934 hay en Brasil treinta y tres padres y hermanos conversos holandeses. El número aumentará aún en los años siguientes. Hay las fuerzas necesarias para nuevas fundaciones. En primer lugar se tiene en cuenta la ciudad de São Paulo. En unión con los obispos se esboza un proyecto cuyo centro será establecido en Poá, una sucia barriada de la que Eustaquio será nombrado primer párroco. Le acompañarán otros padres, encargados de los alrededores situados a lo largo del ferrocarril central que une São Paulo y Río de Janeiro. Hay veinte iglesias y capillas: Itaquera, San Miguel Paulista, Suzano, Itaquaquecetuba, Arujá y Mogi das Cruzes, centro del arciprestazgo, con un convento carmelita desocupado.

Eustaquio tiene que dejar Agua Suja para ir a Poá; pero la cosa no va a resultar tan fácil.

El 28 de diciembre de 1934 escribe a una de sus hermanas:

<<Me acaban de nombrar para una nueva fundación en Brasil, cerca de Sao Paulo, donde me dirigiré en febrero próximo. Trabajaremos en cuatro parroquias, situadas en su mayoría a lo largo del ferrocarril, y también en un convento carmelita. Espero poder escribirte dentro de poco algo más sobre esta fundación. Los padres de nuestros colegios preparan en Agua Suja una fiesta de despedida. Sin duda que esta despedida me resultará dolorosa, pero Dios lo quiere. Él nos ayudará>>.

El designio de Dios no coincidía con los deseos de las gentes de Agua Suja. Las personas más integradas en la parroquia deciden confiar a los padres de los colegios de Araguari y de Patrocinio el organizar la fiesta de despedida y escriben al obispo y al superior religioso para oponerse a la partida de su querido párroco. Como sus gestiones fracasan, cambian de táctica y organizan en secreto la resistencia. No se recurrirá a la violencia ni se llevará armas, pues se trata de sacerdotes. Será una revolución blanca. Todo se debe desarrollar con tranquilidad. Un centenar de hombres rodeará la rectoría para que ninguno de los padres pueda salir. Otros grupos montarán guardia junto al puente de madera. Si un coche se acerca, se quitarán las vigas para impedir el paso.

La fiesta de despedida se celebra con todo fasto: dos tardes de teatro, última visita a los enfermos, Eucaristía solemne, todo ello acompañado de discursos muy llenos de sentimiento tanto de parte del pastor como de las ovejas. Pero, al día siguiente, cuando Eustaquio quiere ponerse en camino, se encuentra con una oposición encarnizada de la gente: la rectoría es ocupada, encerrando a los sacerdotes presentes. Después de muchas negociaciones se consigue que los ocupantes vuelvan a sus casas en calma. Eustaquio, por su parte, da vueltas alrededor de la casa murmurando sin cesar: “¡Qué raro; pero qué raro!”. Al intentar hablar al gentío sobre su partida, es interrumpido con voces y gritos. Ante tal situación los padres intentan salir en dos coches. El primero puede pasar; pero en el que se

encuentra Eustaquio, es detenido y rodeado por el gentío. Comienzan a disparar al aire y la situación toma visos inquietantes; por eso, se decide aplazar el viaje. No se puede realizar una reunión de conciliación entre los promotores de la revuelta y los superiores religiosos. Cuando la situación está bloqueada, sucede lo inesperado.

Había dos personas a quienes oponía una vieja enemistad. Uno de ellos había sido reconducido al buen camino por Eustaquio, mientras que su enemigo rechazaba todo contacto con la Iglesia. El convertido era uno de los que se oponían más ferozmente a la partida de Eustaquio. En medio del tumulto tuvo un gesto provocador hacia su enemigo y éste lo mató. Eustaquio, pálido de emoción y de tristeza, acudió y administró rápidamente los sacramentos al moribundo; después recitó las oraciones de los agonizantes. Cuando murió, el gentío amenazó con vengarse del asesino. Entonces Eustaquio no pudo contenerse y gritó: “Durante diez años he podido impedir algo semejante. Ahora ha muerto mi ministerio como mi mejor amigo, Agénor. No puedo quedarme aquí. ¡Nadie me lo impedirá!”.

La oposición se desmorona. Es el castigo de Dios. El padre no puede permanecer en una guarida de asesinos. ¡Este lugar no es digno del P. Eustaquio! Agénor es enterrado al día siguiente y Eustaquio preside el funeral en medio de un numeroso gentío. En el cementerio Eustaquio invita de nuevo a la gente a perdonar a sus enemigos. Terminada la ceremonia se pone su sotana más vieja, cena un poco y se va, como de costumbre, al pueblo, rezando el rosario y saludando a la gente. En su paseo visita a algunos enfermos y, continuando su camino, llega a las colinas de los alrededores de la ciudad y, allí, se sube en el coche de los padres que le llevan a Poá.

Aquella tarde los fieles dijeron a los padres de la parroquia:

<<El P. Eustaquio se ha marchado, ¿verdad? Pensaba que no nos daríamos cuenta; pero cuando ha llegado a las colinas, nos hemos dicho: ¡Se marcha para siempre! Es

inútil retenerlo. Si ya no tiene amigos aquí, es inútil retenerlo. ¡Si él ahora quiere irse, no nos deja ni fríos ni calientes!>>.

Quince días después los oponentes a su marcha acogían festivamente al nuevo párroco, el P. Willibrord Meeder.

10 Comienzos en Poá

El 15 de febrero de 1935 Eustaquio es acogido con gran alegría en Poá, así como sus compañeros Ernest de Boer y Jérôme Roozen. La Iglesia de Nuestra Señora es erigida en iglesia parroquial y Eustaquio es nombrado párroco. Pronto sus dos compañeros reciben otro destino y son reemplazados entre 1935 y 1938.

Eustaquio trabajó casi siempre en el mismo Poá, pero de vez en cuando echaba una mano en otro lugar. De inmediato, con sus colaboradores, explora su nuevo campo de acción a la búsqueda de las mejores formas de apostolado. Su intención es llegar al mayor número de gente, en particular a los jóvenes, pobres y enfermos.

Antes de ponerse a la tarea, Eustaquio tiene que tomar unas vacaciones en su país natal. El 13 de noviembre del año anterior había anunciado a sus hermanas religiosas su posible vuelta; pero pasará más de un año hasta su partida en 1935. Ya entonces es posible hasta qué punto Eustaquio y sus compañeros se han ganado la simpatía de sus nuevos parroquianos, como lo denota la conmovedora despedida que le hicieron. Un testigo de la escena cuenta:

<<En su partida a Holanda todo un cortejo le acompañó, con un racimo de niños colgado de sus brazos. Algunos lloraban, porque le echarían en falta y jeso que no había pasado más que una breve estancia con ellos!>>.

El 24 de diciembre llega a Amberes y el día de Navidad lo pasa en Ginneken. Al día siguiente es recibido solemnemente en la parroquia de Beek en Donk.

<<El P. van Lieshout es acogido primero por su familia cerca de la nueva iglesia. ¡Encuentros conmovedores!

Después de algunos discursos, el cortejo se dirige a los sones de la banda hacia la aldea De Dung, donde está la casa paterna. Desde el puente del Aa hasta allí (lo que supone una distancia considerable) la gente había adornado el camino y puesto arcos de triunfo con inscripciones apropiadas. Cuando llegaron a la casa natal, unas jóvenes de nuevo dirigieron unas afectuosas palabras al reverendo padre. A las ocho de la tarde el P. van Lieshout, junto con varios miembros del clero, fue a la exposición misionera organizada en favor de su misión en Brasil>>.

Eustaquio disfrutó mucho de sus primeras y últimas vacaciones. Una de sus hermanas cuenta que a su llegada causó más bien una pobre impresión. Llevaba una bufanda agujereada y un abrigo demasiado ancho. Pasó sobre todo en familia estos siete felices meses. Le conmovía todo lo que le recordaba a sus padres y su juventud. Habla durante horas de su trabajo en Brasil. Escucha la radio y se deleita con los sermones cuaresmales. Los niños le encuentran simpático y aprecian su carácter bromista. Cuando bendijo el matrimonio de su hermana pequeña Jaantje con Anton van den Boomen, fue un día importante para todos. Visita con frecuencia a los enfermos de la familia y se esfuerza en ayudarles lo más posible.

Su solicitud se extiende igualmente hacia los enfermos que no son de la familia y hacia las personas mayores. Hay una anécdota célebre. Un campesino tenía un cáncer en la cara que desprendía tal hedor que a su enfermera y al párroco les resultaba muy penoso el curarlo e, incluso, el venir a verlo. Eustaquio, después de una visita, solucionó el problema haciéndole una mascarilla.

Al párroco del pueblo, hay que reconocerlo, no le agradaban las maneras un algo afectadas y remilgadas de Eustaquio. Después superaría sus prejuicios y permitiría al padre ejercer su ministerio.

Como todo misionero en vacaciones, Eustaquio aprovecha todas las ocasiones, ya sea en sus predicaciones, en su familia, en los conventos de sus hermanas religiosas o donde quiera que sea, para pedir para sus obras, hasta tal punto que, cuando lo ven llegar, cierran cuidadosamente los armarios, pues todo lo que esté al alcance de su mano, corre el riesgo de terminar en su bolsillo.

Predica en varias parroquias, naturalmente en Aarle Rixtel y Beek en Donk, pero también en Roelofarendsveen, donde él trabajó anteriormente. Estas vacaciones fueron para Eustaquio realmente paradisiacas. La única pena que tuvo es el no haber asistido al traslado de los restos del P. Damián a Bélgica el 3 de mayo. ¡Se olvidaron de invitarle!

En julio de 1936 llega el momento de su vuelta a Brasil. Su familia lo acompaña a Amberes donde toma el barco; el provincial va con él hasta Francia. El último domingo de julio es recibido festivamente por sus parroquianos en Poà. Lleva consigo doce cajas llenas de material y la bonita suma de ocho mil florines. Así cuenta él mismo su llegada a su familia:

<<Gracias a Dios he llegado sano y salvo. Al entrar en Poà me encontré con un gran gentío de hombres, mujeres y niños que venían a darme la bienvenida. Varias banderas lucían en el cortejo hasta la iglesia. Fui acogido por una niña y un joven que me dirigieron palabras cariñosas en nombre de la parroquia. Después también yo les dirigí la palabra. Hubo cohetes. Así, pues, de nuevo en mi parroquia y ya he visitado un gran número de enfermos...

Desde mi estancia en Holanda me siento aún con mayores fuerzas para realizar mi trabajo. ¡Qué alegría siento al recordar los días que hemos estado juntos! ¡Me parece un sueño que el Señor nos haya reunido a todos en la casa paterna>>

El dinero que Eustaquio trae de Holanda lo emplea en la construcción de la casa rectoral: en la planta baja la sala parroquial y en el primer piso habitaciones para los padres. En las cajas que ha traído, hay, sobre todo, ropa, juguetes, objetos de devoción y galletas.

Nada más llegar Eustaquio se pone manos a la obra. Además de su ministerio en la iglesia, es encargado de la escuela católica. También tiene que vigilar la construcción de la rectoral; pero lo que más le gusta es dar solemnidad a las fiestas litúrgicas como, con cierto humor, señala un compañero:

<<A nuestro párroco le gusta el jaleo. Para la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes ha invitado a una orquesta para animar la misa, como el sumun de la liturgia. Tengo que confesar que la orquesta ha tocado pasablemente la misa "de angelis", hasta el punto de que apenas si se oía al coro de niños. Han celebrado la misa tres sacerdotes: yo hacía de diácono y un carmelita de subdiácono. Hubo bastante desbarajuste. Cuando yo entoné el Ite missa est, Eustaquio se puso a acompañarme a viva voz en otro tono. ¡Como digo, jaleo!>>.

En las grades festividades Eustaquio se encuentra a sus anchas. En los meses de junio y de octubre pronuncia un breve sermón sobre el Sagrado Corazón o la Virgen. Organiza también la "tómbola eucarística": la víspera de los primeros viernes y en el mes de junio coloca sobre el comulgatorio una caja con papelitos plegados en los que hay escritos deseos del Sagrado Corazón, como, por ejemplo, "Después del rosario te espero en el confesionario", o "El viernes próximo espero de ti una santa comunión reparadora". En 1937 se distribuyen no menos de mil quinientos deseos divinos. Y la gente hace lo que se le pide. También se distribuyen invitaciones para hacer media hora de adoración en la iglesia.

De nuevo un testimonio más de un compañero sobre nuestro héroe:

<<Hemos celebrado la San Silvestre con una Hora Santa delante del Santísimo Sacramento de once a doce de la noche. La iglesia estaba llena. La hora se nos pasó rápidamente. Al igual que en otros tiempos en nuestra escuela apostólica de Sint-Oedenrode, se ha leído un pasaje del libro del P. Mateo, ss.cc., se ha cantado un poco y, después, el P. Eustaquio se ha puesto a rezar de forma espontánea. Era tan hermoso, tan conmovedor, que parecía ser el mejor predicador. Reinaba en la iglesia un silencio absoluto, sobre todo cuando pedía perdón por sus ovejas, por sus pecados. ¡Amigos míos, qué hermoso era! ¡Cómo brotaban sus palabras de un amor ardiente a Jesús! ¡Cómo habrá agradecido Jesús esta hora reparadora! Sí, me siento feliz de poder compartir mi vida con un sacerdote tan santo y fervoroso. Y él no es en modo alguno una persona aburrida; al contrario, es un hombre verdaderamente agradable y, en los pequeños ratos de descanso, nos divertimos muchísimo. No necesita aprenderse los sermones de memoria. Tiene la lengua bien suelta y los ejemplos le fluyen con toda facilidad y en abundancia>>.

El obrador de milagros

Según la tipología elaborada por Pedro A. Ribeiro de Oliveira, el catolicismo brasileño reposa sobre cuatro pilares: sacramentos, devociones, búsqueda de protección y la lectura de la Biblia. En los sacramentos el contacto del hombre con lo sagrado se establece por medio del clero. Las devociones incluyen todas las prácticas que permiten entrar en relación directa con lo sagrado, sea de manera individual (oraciones, novenas, culto a las imágenes de los santos) o de manera colectiva (fiestas, procesiones). De esta forma el creyente entabla o refuerza una relación ya existente con quien considera como “su” santo y de quien espera su intercesión en el más allá. Finalmente, la búsqueda de protección tiene una dimensión más utilitarista y comprende las prácticas por las que los creyentes rezan a los santos para obtener algún beneficio muy concreto.

Hemos visto cómo los pilares sacramental y devocional eran preponderantes en el ambiente relativamente estable de Agua Suja. Ahora, en la población desarraigada e inestable de los alrededores de São Paulo, primará sobre todo la búsqueda de protección, en especial mediante prácticas desinadas (destinadas) a recobrar la salud. Veremos cómo Eustaquio, quieras que no, se verá arrastrado por este estilo de religiosidad.

Al comenzar su ministerio en Poà retoma una actividad que desde siempre le es tan querida: visitar a los enfermos. En la primera carta que envía después de volver de vacaciones, escribe que ya ha visitado a muchos. Al igual que en Agua Suja los enfermos son su primera preocupación. Los visita con frecuencia y hace por ellos todo lo que está en su mano, por su alma y también por su cuerpo. Él trajo de vacaciones cantidad

de medicinas que utilizó en muchas ocasiones, como él mismo escribe:

<<Cada día y de todas partes viene gente a buscar medicinas...Las medicinas me han venido estupendamente: son una solución para muchos pobres ...>>

Pero no se limitará a distribuir medicinas. En abril de 1939 escribe a su familia:

<<Hemos construido una gruta de Lourdes. Los parroquianos la han construido por las tardes, después del trabajo, a la luz de lámparas y gratuitamente. Ya sabéis que aquí los días no son largos: después de las ocho ya está oscuro. Yo aún no me he puesto enfermo; no conozco más que las enfermedades de los demás, y eso día y noche, pero esto no me cuesta nada>>.

En esta misma carta señala también la influencia creciente del espiritismo: <<El espiritismo actúa aquí de manera asombrosa y, a veces, hay que practicar exorcismos>>.

Con claridad se ve cómo ahora van emergiendo tres ejes que marcan cada vez más la actividad de Eustaquio: su gran amor por los enfermos, su lucha contra el espiritismo y la búsqueda de medios cristianos para superar a los espiritistas.

Eustaquio trajo de Holanda una reliquia de san José, con las debidas certificaciones de su autenticidad. Frotó en ella una gran pieza de tela, después la cortó en pedacitos y los mandó coser en cartoncitos con la súplica: "San José, ruega por nosotros", añadiendo que el trocito había tocado la santa reliquia. Esto será muy apreciado y solicitado por los enfermos.

En esta misma línea Eustaquio va a dar un paso más que vendrá cargado de consecuencias. Había traído de sus vacaciones algunas botellas de agua de Lourdes, que daba a

beber a los enfermos. Con esta arma cristiana pretendía ganar la batalla a los espiritistas en su propio terreno, pues ellos, en sus sesiones de sanación, practicaban con frecuencia aspersiones de agua, acompañadas de fórmulas misteriosas. Para evitar que la reserva de agua no se le agotase, Eustaquio sigue la “receta” utilizada para el agua bendita. Basta con aumentar el agua, teniendo en cuenta que la parte añadida no sobrepase el cuarenta y nueve por ciento del agua original; pero, a la larga, el agua había sido aumentada tantas veces que el mismo Eustaquio pensó que ya nada tenía que ver con la gruta de Bernadette. Desde entonces, utilizará simplemente agua bendita y, como sacerdote que es, no tendrá problema de asegurar su producción.

Con el tiempo la notoriedad de Eustaquio fue trascendiendo los límites de su parroquia. Desde las regiones de alrededor acuden cada vez más enfermos y personas necesitadas, y va adquiriendo progresivamente la fama de obrador de milagros, de taumaturgo.

Así escribe el P. Venancio Hulselmans el 15 de abril de 1941:

<<Desde hace un tiempo corren rumores en Brasil y sobre todo entre nuestras gentes que en Poà suceden cosas casi milagrosas. El párroco que, desde siempre ha consagrado una atención especial a los enfermos dándoles paliativos e, incluso, de vez en cuando, remedios que con frecuencia curaban el cuerpo y el alma, de pronto ha abandonado todas las medicinas y se limita únicamente a la bendición de los enfermos y a la bendición del agua que corre de un pequeño grifo colocado en una pequeña gruta de Lourdes que él mismo había construido. “¡Este agua, decía la gente, tiene una fuerza milagrosa y quien la bebe, queda curado de la enfermedad que sea!”. Las gentes de Poà cuentan historias de paralíticos que echan a andar, de ciegos que recobran la vista, de mudos que comienzan a hablar... Es

enorme la afluencia de enfermos. Cada día vienen centenares de personas a buscar agua en botellas o en cántaros, después hacen cola para ser recibidos por el hombre santo que bendice su agua, escucha sus miserias, se entera de sus enfermedades y les da buenos consejos. Se encomendaban a sus oraciones. Él les impone las manos a todos, diciéndoles que recen un Padre Nuestro y un Ave María cuando beban el agua, y los despide con una pequeña reliquia de san José>>.

En esta misma carta su autor cuenta cómo las cosas comenzaron a degenerar en Poá:

<<He ido a verlo personalmente. En una palabra: ¡Asombroso! Cinco mil personas con botellas y cántaros, dentro y alrededor de la casa rectoral, todos firmemente convencidos de que se curarán después de tocar al hombre santo. El P. Eustaquio está ocupado todo el santo día en dar la bendición, de pie, pues si se sienta entonces los enfermos lo acapararían demasiado tiempo. En filas, van pasando según los números que el H^o Wilfried les va dando. La policía de São Paulo está presente para mantener el orden, que, a pesar de la afluencia, nunca ha sido perturbado. La plaza de la iglesia está llena de puestos de bebidas, alimentos, botellas y cántaros.

Todos los padres están ocupados. El P. Alfred se encarga de construir baños, totalmente necesarios, un nuevo pozo, depósitos de agua y un gran cobertizo para resguardarse de la lluvia. El P. Guido emplea todo el día en responder las cartas de los enfermos. El P. Eustaquio recibe a unos cuarenta cada día, pidiendo la curación de quienes no han podido desplazarse; además, hay que tener en cuenta las notas que dejan los peregrinos y los telegramas.

Le pregunté a Guido desde cuándo sucedía esto. Me dijo que desde hacía un mes, dos mil o tres mil personas vienen cada día; pero que desde que los periódicos se ocupan del tema, esto resulta insostenible. El domingo se distribuyeron

cinco mil números y hoy, sin duda, no será menos. Si esto continúa así, ¿adónde vamos a parar? Al principio no había más que unos centenares de personas por día, cosa que estaba muy bien; pero, ahora es absolutamente imposible que el P. Eustaquio pueda resistir>>.

Un mes más tarde el mismo P. Eustaquio escribe a su familia:

<<Decid a todos que, gracias a Dios, seguimos estando bien, que estamos desbordados por el trabajo y que necesitamos muchas, muchas oraciones. Vivimos aquí momentos fuera de lo común: cada día hay millares de enfermos que vienen a visitarme y recibo centenares de cartas que me piden una oración. Dios me ha concedido muchas gracias para distribuir a mi prójimo>>.

Eustaquio vive jornadas difíciles. Cada tren trae a Poà multitud de peregrinos, que de inmediato corren hacia la casa rectoral para conseguir un número. Vienen de todas partes, de todos los Estados del inmenso Brasil. Cuando celebra la santa misa, siempre está repleta. Después confiesa a los fieles y, a continuación, recibe a los peregrinos en la pequeña sala parroquial hasta las seis de la tarde. Come un trozo de pan y unos plátanos. Para no caerse, apoya de vez en cuando la rodilla sobre una silla. A las ocho se cierra la puerta. Los peregrinos que no han podido ser recibidos buscan **dónde** pasar la noche. Eustaquio se va entonces en un gran coche privado hacia São Paulo rezando el breviario. Allí, siguiendo un recorrido predeterminado, visita y bendice a enfermos. Vuelve hacia las diez o las once de la noche, descansa un rato y lee el periódico para ver lo que se escribe sobre él.

Necesita también encontrar también para leer el correo y ver los regalos que le envían los enfermos. Para ellos se trata, sin duda alguna, de verdaderos milagros. Se podría hacer una lista. De lo que se dice en la prensa es más difícil de discernir lo verdadero de lo falso, pues el grado de exageración alcanza

proporciones inauditas. Esta creciente desmesura tenía que llevar forzosamente consigo una reacción.

Vuelta al orden establecido

Una carta de junio de 1941, conservada por la familia de Eustaquio, cuenta lo que sucedió el mes anterior en Poà:

<<A mediados de mayo la afluencia era tan numerosa que podían venir unas doce mil personas diarias. Lógicamente no era posible hacerlas pasar a todas delante del P. van Lieshout. Todo el pueblo era un caos, Vinieron policías de São Paulo y también periodistas, vendedores y mendigos. Empezó a escasear el agua y la falta de higiene: por doquier había excrementos. Traían comida en camiones de São Paulo que, en ocasiones, era de insuficiente calidad, de forma que la Comisión sanitaria tuvo que declararla no apta para el consumo. Los leprosos de una cercana colonia, podrían evadirse para ir al encuentro del P. van Lieshout. Entonces el gobernador del Estado fue a ver al obispo; le dijo que no se podía continuar así, que el peligro de contagio era demasiado grande>>.

Poà no estaba preparada para mantener el orden público ni la higiene necesaria ante una tal afluencia. Faltaban casi por completo los equipamientos sanitarios, había muy pocos hoteles y restaurantes. Por falta de suficiente vigilancia policial los peregrinos eran explotados y estafados comercialmente. Era un milagro –hay que reconocerlo– que no hubiera disturbios ni accidentes. La dirección de los ferrocarriles comunicó que los trenes ya no podían acoger esta ola de viajeros y que el tráfico ferroviario con la periferia de São Paulo peligraba ser un caos. La Secretaría de Salud Pública teme la explosión de una epidemia por el número creciente de enfermos que se concentran en Poà. El ministerio pastoral normal resulta imposible.

El 7 de junio de 1941 el padre Gil, provincial de las comunidades brasileñas, escribe al P. Marie-Joseph Bisschop, superior provincial de los Países Bajos, comunicándole las últimas noticias sobre Eustaquio:

<<Otra cosa sobre el P. Eustaquio. Usted ya conoce algo sobre el tema. Para centenares de miles de personas es un taumaturgo. Es cierto que ha habido curaciones, aunque yo no puedo decir que se trate de milagros; sin embargo, sí que sé con certeza de la existencia de numerosas conversiones y que el espiritismo ha sufrido un rudo golpe, lo que ya es mucho. Últimamente millares de personas llegan a Poà. Tan sólo en una estación de São Paulo se han vendido en abril ciento veinte mil billetes para Poà. El 8 de mayo el arzobispo me ha telefoneado pidiéndome que fuera en seguida a verlo. Había recibido la visita del gobernador del Estado. Poà, dada su insuficiente infraestructura sanitaria, era un peligro para la salud pública, y la dirección de ferrocarriles no se hacía responsable de poder transportar regularmente tantas personas. ¡Todo esto es cierto! Así que, de acuerdo con el arzobispo, he decidido enviar al P. Eustaquio un mes a Minas>>.

Eustaquio obedeció inmediatamente, abandonando con discreción Poà el 13 de mayo de 1941 para ir al Estado de Minas Gerais a las casas de la congregación. Pero, sea en Mogi das Cruzes, Campos do Jordão, Campinas, Uberaba, Agua Suja o Araguari, inmediatamente lo reconocían y la gente acudía en masa. Un compañero suyo escribe:

<<El viaje hacia el interior se ha transformado en marcha triunfal. Los jefes de tren telefoneaban a la estación siguiente para comunicar que el hombre santo iba a llegar; resultado: a su llegada todo estaba lleno. En Riberão Preto estaban entre la multitud el vicario general y una delegación del clero para pedir a Eustaquio que bendijera a los enfermos. Parece ser que algunos se curaron. En todos los sitios sucedía igual. Cuando finalmente Eustaquio llegó a

Araguari, le esperaban unos coches de São Paulo para llevárselo por la fuerza. Después de pasar un mes en el interior, volvió a São Paulo>>.

Los superiores ya habían previsto qué había que hacer. El P. Gil, en la carta antes citada, escribe:

<<Cuando termine este mes de vacaciones, irá temporalmente a nuestra parroquia de Villa Prudente (São Paulo), desde donde visitará quizás distintos lugares. Voy a procurar que todo esto se integre en el apostolado de los enfermos, según el espíritu de la Entronización del Sagrado Corazón. Podría escribir un libro, pero me falta tiempo. Rece y pida que se rece por nosotros, pues a veces nos encontramos con casos difíciles>>.

Eustaquio se encuentra, pues, con sus hermanos en São Paulo, en el barrio de Villa Prudente. Uno de ellos, el P. Hermenegildo, escribe el 11 de julio de 1941:

<<Aquí, en Villa Prudente, las bendiciones y los hechos milagrosos recomienzan. Pero aquí no ha durado mucho, pues el arzobispo ha puesto punto y final. Ahora el movimiento continúa de igual manera en Río de Janeiro, la capital de Brasil. Estamos esperando a ver cómo terminan las cosas allí. Yo doy gracias al cielo de que aquí todo haya terminado. El timbre y el teléfono no paraban. Ya no había tranquilidad en casa. A veces la gente entraba en nuestra casa de forma que había que llamar a la policía. Cortamos el teléfono; pero, unas horas después los empleados de teléfonos ya se habían presentado para ver si nuestro teléfono estaba estropeado. De todas las regiones de Brasil llegaban reclamaciones diciendo que era imposible conectar con nuestra rectoral>>.

Tenemos una relación muy detallada de la estancia del P. Eustaquio en la comunidad de São Paulo. Comienza así:

<<Nos sorprendió una llamada telefónica que recibimos el lunes 30 de junio por la tarde en la que se nos comunicaba que el P. Eustaquio llegaba al día siguiente. Lo acompañaría el P. Gil y, primero, irían a ver al Cardenal>>.

El martes 1 de julio, temprano, Gil y Eustaquio llegan a Río. Por la tarde los recibe el Cardenal Leme. El prelado pidió que, en lo posible, se mantuviera en secreto la presencia de Eustaquio para evitar cualquier afluencia. Lo mejor sería que se contentara con visitar a la gente en su casa. Había que evitar también que la noticia apareciera en los periódicos. El mismo martes el P. Eustaquio visita varias veces al Dr. Henrique Lage, gravemente enfermo y que le había llamado. Le administra la Unción de enfermos y, el miércoles muere con gran resignación, abandonándose a la voluntad de Dios. El P. Gil, ese mismo día pide a Eustaquio que visite a algunos enfermos, pero, la jornada transcurre tranquila.

<<El jueves siguiente la familia Lage quiso que se celebrara en la capilla del castillo un funeral, pero no se aceptó. A las diez el P. Eustaquio celebró la misa en la capilla de santa Margarita María de Alacoque. Asistió mucha gente, por lo que pronto se supo que el P. Eustaquio estaba en la ciudad. Los periódicos sólo informaron de que el padre había celebrado la misa. El teléfono comenzó a sonar en casa: todos querían ver al padre. Los demás padres se esforzaban para mantener a la gente a distancia, pero sin éxito. Las visitas a domicilio también fueron imposibles, pues el P. Eustaquio se veía inundado de peticiones>>.

Llega el primer viernes de mes de julio. Muchas personas van a la iglesia parroquial dedicada al Sagrado Corazón, no por esta devoción, sino porque el P. Eustaquio está confesando y todo el mundo quiere hablarle y recibir la comunión de sus manos. Cuando se sabe que, gracias al P. Eustaquio, una señora paralítica ha recobrado la movilidad, se desata de

nuevo la locura. El teléfono suena todo el día. Es un incesante ir y venir de coches. Las hermosas flores del jardín del H^o Miguel son pisoteadas. El P. Eustaquio, por su parte, recibe a hombres y a mujeres a lo largo de toda la jornada. La gente se entera de que al día siguiente, sábado, va a celebrar la misa en otro lugar. La noticia se extendió en un abrir y cerrar de ojos y se congregó un tal gentío que los trenes no podían avanzar y el tráfico quedó bloqueado.

Todo el mundo deseaba saber dónde celebraría Eustaquio el domingo 6 de julio. Por agotamiento, los padres se van de la lengua y las carmelitas, también ellas, se encuentran sobrepasadas. Al ir al día siguiente a celebrar la misa Eustaquio se ve zarandeado. Los periodistas toman fotos y relatan el acontecimiento. Imposible para Eustaquio volver a su convento. Va errando de acá para allá. Visita a la viuda de Delage en su castillo, donde le esperan numerosos enfermos; confiesa en una iglesia; predica en los jesuitas... Cuando finalmente vuelve a casa a eso de las nueve y media de la noche, se encuentra con una multitud que le espera. A las once de la noche no tiene más remedio que suplicar a la gente que le dejen descansar y rezar el breviario. Sólo entonces vuelve la calma.

A media noche el superior dice a Eustaquio que lo mejor sería salir de Río cuanto antes. Podría, en coche, visitar a algunos enfermos, tomar después un poco de descanso, celebrar la misa en el convento de los benedictinos de Río y, a continuación, ir con el superior a una propiedad de unos amigos. A pesar de su gran cansancio, Eustaquio acepta. Pero esta determinación no impidió que continuara el jaleo delante de la casa durante varios días. Nadie quería creer que el padre se hubiera ido. Algunos venían a recuperar su botella de agua bendecida por el padre la noche anterior. En resumidas cuentas que la semana resultó muy agitada, pero la iglesia y la parroquia de los padres cobraron gran notoriedad.

La tarde del 9 de julio Eustaquio llega a la propiedad São José en Río Claro. El dueño de la casa, el Dr. Lineu Machado, se desvivió por atender a su huésped. Bajo el pseudónimo de

“Padre José”, Eustaquio celebra la santa misa a diario en la hacienda y visita a los obreros y a la gente de los alrededores. Pero la inactividad se le hace insoportable. Pasada una semana, va con el secretario del obispo a un convento de religiosas, a Campinas, para ver si puede prestar algún servicio; pero, inmediatamente lo reconocen y la gente acude. A Eustaquio no le queda más remedio que resignarse y aceptar que cualquier aparición fuera de la propiedad provoca escenas de histeria colectiva.

Eustaquio reflexiona sobre su vocación. Su reflexión termina en un escrito breve y lapidario con fecha del 25 de julio de 1941. Él se ve elegido por Dios para una misión especial: detener la herejía del espiritismo y, con sus bendiciones y su solicitud pastoral, hacer volver a la Iglesia a muchos que la habían abandonado. Para conseguirlo tiene que practicar la oración, la predicación, el ministerio sacerdotal, la solicitud por los pobres, los enfermos y las personas en peligro. Dios le ha dotado para ello de dones particulares. Durante algunos meses él consigue mantenerse tranquilo en la hacienda.

Los últimos años

Transcurren algunos meses en completa calma, pero la inactividad se le hacen (hace) cada vez más insoportables (insoporable) a Eustaquio. Hay que encontrar una solución a toda costa.

En un primer momento es él quien toma la iniciativa. Piensa en abandonar Brasil y trabajar en otra parte. El 24 de septiembre, saltándose el trámite de su viceprovincial, escribe directamente al superior provincial, el P. Marie-Joseph Bisschop:

<<Hace algún tiempo que propuse al P. Gil que me dejara ir a Portugal, donde nadie me conoce, pero mi superior no me lo consintió. Entonces le pedí ir a Argentina o Chile, pero el superior tampoco aceptó esta propuesta. Es tan difícil permanecer oculto en un país donde todo el mundo te conoce, y ¡ser castigado por ello! Me gustaría que tomara usted ahora una decisión y me permitiera ir a Portugal o a otro país, si las circunstancias aquí no cambian>>.

Por su parte, el superior viceprovincial, el P. Gil, escribe también al P. Bisschop, diciéndole que él no quiere perder a su amigo Eustaquio, sino que desea que permanezca en Brasil donde puede hacer aún tanto bien con tal de que se atenga rigurosamente a las medidas tomadas para evitar la histeria de la gente. Además, ¿sería bien recibido en Portugal? Como respuesta a estas cartas el provincial de los Países Bajos escribe lo siguiente al P. Eustaquio el 16 de abril:

<<Estando así las cosas, estimo que es deseable para usted el que pase un poco de tiempo en otro sitio donde pueda ejercer su ministerio sacerdotal sin ser molestado. Escribo también a Portugal. Ya le diré su respuesta y ellos

misimos le escribirán. Mientras tanto ya puede usted, de acuerdo con el P. Gil, ir preparándose>>.

El 6 de diciembre el provincial de los Países Bajos comunica al P. Gil que Eustaquio sería bien recibido en Portugal. El cardenal Cerejeira de Lisboa lo acogería en una parroquia cerca del seminario mayor, donde ya trabajan los padres de los Sagrados Corazones. Eustaquio podría residir con ellos. Cuando esta carta llega a su destino, Eustaquio ya ha abandonado su retiro. Han descubierto dónde se encontraba y las gentes de nuevo se han puesto en movimiento. Entonces se decide que vaya a la diócesis de Uberaba, a Patrocinio, donde los padres tienen un colegio y una parroquia.

De esta forma se vislumbra una doble solución. Por un lado, se evita reenviarlo a la periferia de São Paulo con su población desarraigada y descontrolada. Mejor que vaya al interior del país con la gente con la que hizo sus primeras armas. Esta región está menos marcada por el espiritismo. Por otro lado, tendrá que atenerse a unas consignas muy estrictas que hagan imposible todo desbordamiento.

En un primer momento será coadjutor en la capilla de Santa Lucía, situada en el centro de la ciudad. Allí puede actuar con bastante tranquilidad del 13 de octubre de 1941 a febrero de 1942. Reside en el convento de Patrocinio. Sólo se le permite acoger y bendecir a la gente en el confesonario. Las visitas a los enfermos deben limitarse a atender a quienes se lo pidan.

Feliz de poder ejercer nuevamente su ministerio, Eustaquio acepta este reglamento, que no le impide continuar su lucha contra el espiritismo. Puede así hacer volver a la Iglesia y a la práctica a muchas gentes que habían perdido la fe de su juventud. Eustaquio es un compañero muy apreciado en la comunidad, que vela para evitarle volver a ser objeto de la histeria popular.

Pero en este destino se le van a abrir otras perspectivas, que transformarán definitivamente su existencia. El arzobispo de Belo Horizonte, capital de Minas Gerais, ha solicitado a la

congregación encargarse de una nueva parroquia. Se lo había propuesto a los dominicos quienes, después de haber aceptado, desistieron por falta de medios. Los padres de los Sagrados Corazones aceptan y proponen a Eustaquio como primer párroco, pero manteniendo en vigor las restricciones. Don Antonio dos Santos Cabral está de acuerdo.

En espera de su nombramiento, Eustaquio es enviado provisionalmente como párroco de Santo Domingo en Belo Horizonte. Le ayudará el P. Hermenegildo Verhoeven, hombre pragmático y dinámico. Cuando nuevamente empiezan a afluir las multitudes, no duda en tomar disposiciones para conjurar el peligro. Distribuye números, de uno a cincuenta, por día. De esta manera la gente que no es de la parroquia, puede encontrarse con el P. Eustaquio a las horas ya fijadas en el confesonario y recibir consejos y bendiciones.

Gracias a esta prudente medida, Eustaquio dispone de todo el tiempo necesario para su ministerio parroquial normal: culto, sacramentos, visita a los enfermos, puesta en marcha de las asociaciones parroquiales, trámites para la construcción de una nueva iglesia más capaz. El arzobispado le autoriza también que visite a los enfermos que se lo pidan y no son de la parroquia. Al ver que el ministerio de Eustaquio ya no provoca desórdenes, el arzobispo le permite dar conferencias, predicar retiros y novenas en toda la diócesis.

El P. Hermenegildo, ayudante del P. Eustaquio, escribe una larga carta en 1946, o sea, unos años después de la muerte del P. Eustaquio, recordando sus experiencias. Transcribimos algunos párrafos:

<<El trabajo nos desbordaba. Además teníamos que pensar en construir la iglesia. Con mucha frecuencia el P. Eustaquio estaba ocupado en predicar novenas, triduos y retiros fuera de la parroquia, de manera que todo el trabajo caía sobre mí. Solo Dios sabe cómo he podido resistir. Menos mal que, a finales de 1942, me proporcionaron una

moto; si no, hubiera sido imposible seguir adelante con todo>>.

<<Un aspecto positivo de este movimiento alrededor del P. Eustaquio es que las donaciones que recibíamos nos sacaban de apuros y ampliaba nuestro círculo de relaciones. Mucha gente rica o miembros del gobierno invitaban al padre a comer. Con frecuencia también yo era invitado y aprovechábamos para obtener dinero para la construcción de la iglesia. El 16 de marzo de 1943 se puso la primera piedra de la iglesia que habría de ser la mayor de la ciudad: mil ochocientos metros cuadrados de superficie, dos mil personas sentadas y muchas de pie. Comenzamos la construcción, pero cuando los cimientos estaban más o menos acabados, el P. Eustaquio cayó enfermo>>.

In paradisum

Eustaquio, de fuerte constitución, siempre había gozado de excelente salud. Excepto algunas ligeras dolencias, nunca había estado enfermo. Nadie podía prever que moriría tan pronto, contando apenas 52 años. Sin embargo, él tuvo el presentimiento de su fin cercano. El 18 de agosto de 1943 fue al colegio del Sagrado Corazón de la ciudad para predicar un retiro a las chicas. Como él lo advirtió expresamente, sería la predicación de su último retiro.

Cuando el domingo 22 de agosto vuelve a la parroquia, se encuentra fatigado y débil. Como era la fiesta del Inmaculado Corazón de María, quiso celebrar la misa solemne. A pesar de que se sentía muy mal, participó en la procesión y pronunció el sermón de clausura. Será su última predicación, su último homenaje a María, la Madre de Jesús. Al volver a casa, Hermenegildo le aconseja que se acueste inmediatamente.

Al día siguiente pretende celebrar misa, pero es incapaz de llegar y vuelve a acostarse, presa de una fiebre muy alta. Al principio se niega a que llamen al médico: “Ya no es necesario, dice, pues esta vez no me restableceré”. Pero, como la fiebre le subía tanto, llamaron al médico. Diagnostica una neumonía y prescribe la medicación normal. Su diagnóstico lo confirmó otro médico.

El martes 24, Eustaquio aprovecha la presencia de un compañero para confesarse. Este mismo día le llevan al

sanatorio Dr. Alberto Cavalcante, situado en la parroquia y atendido por las clarisas franciscanas. Un equipo de médicos examina al paciente y comprueba que se trata de tifus exantemático. El cuerpo está lleno de exantemas (erupciones cutáneas) y de manchas rojas, y la sangre está envenenada. En aquella época no había remedios para combatir este mal fatal a menos que se procediera a una transfusión de sangre de algún enfermo curado de tifus; pero resultó imposible encontrar un tal enfermo que tuviera el mismo grupo sanguíneo que Eustaquio.

Las sangrías, que tenían que practicarle en vena sin anestesia, resultaban extremadamente dolorosas. El P. Hubert Lahaye, que tuvo que remplazar al P. Hermenegildo, incapaz de soportar semejante espectáculo, nos deja este testimonio:

<<Durante tres días el P. Eustaquio sufrió un hipo agobiante. Yo ayudaba al médico en las sangrías. Las hacía con cuchillas de afeitar porque los instrumentos habituales no absorbían la sangre negra coagulada. El padre sufría horriblemente. Se agarraba a mi mano hasta casi rompérmela, pues tal era su sufrimiento. En esos momentos tan penosos me ha edificado de verdad>>.

El sábado 28 de agosto Hermenegildo comunica a Eustaquio el dictamen de los médicos: no hay esperanza, la muerte no tardará en venir: “Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo”, murmura. “¿Cuánto tiempo me queda aún?” Como máximo cuarenta y ocho horas, le responden. Hubiera preferido recibir los últimos sacramentos de manos de su amigo y superior el P. Gil; pero, se encuentra en Río de Janeiro. A pesar de que se le esperaba de un momento a otro y de que el P. Hermenegildo

estaba presente, el párroco de una parroquia vecina, el franciscano P. Zacarías, decide administrarle inmediatamente.

Consciente de que vive sus últimos momentos, Eustaquio renueva sus votos religiosos en presencia de Hermenegildo. Después de las palabras "... los Sagrados Corazones de Jesús y de María a cuyo servicio quiero vivir y morir", añade: "Gracias a Dios, estoy salvado. Pero, ¿por qué no viene el P. Gil?". Por fin llega el lunes 30 de agosto por la mañana. Eustaquio lo reconoce inmediatamente y aún puede murmurar: "¡Padre Gil, *Deo gratias!*". Después muere en paz con una sonrisa y un profundo suspiro. Su tenaz voluntad le ha permitido esperar hasta este último encuentro.

Cedamos ahora la palabra al P. Gil que, poco después de morir el P. Eustaquio, escribió la siguiente carta a los compañeros de Portugal. A causa de la guerra la carta no llegó a los Países Bajos hasta el comienzo de 1944:

<<Acabo de volver de Belo Horizonte. El 29 de agosto me pidieron que fuera. Nada más llegar a Belo Horizonte fui en coche inmediatamente al sanatorio donde, una semana antes, habían llevado a nuestro compañero. Fui derecho a la habitación del enfermo. Eustaquio dio señales de gran alegría y dijo ¡Gracias a Dios! Pero, en el mismo instante, pareció sacudido como por una descarga eléctrica y murió.

Su cuerpo fue expuesto en el edificio que servía provisionalmente de iglesia. Millares de personas de toda clase social desfilaron ante el féretro; desfile que sólo se detuvo al día siguiente al comenzar la misa solemne del funeral, celebrada por el arzobispo. El cortejo hasta el cementerio fue triunfal. Nunca Belo Horizonte había visto

algo semejante. Los mismos secretarios de Estado o ministros querían llevar los preciosos restos hasta el coche fúnebre. A lo largo de las calles de la ciudad se apiñaba un gentío inmenso. Muchos se arrodillaban al pasar el féretro.

Hubo discursos, que se transmitieron por la radio. Los periódicos publicaron extensos artículos. Se podría resumir todo lo dicho y escrito en una sola frase: “¡El padre santo ha muerto!” Ya se habla de favores obtenidos por su intercesión. Para la congregación y para mí mismo el golpe ha sido muy duro. Pero la iglesia de los Sagrados Corazones cuya construcción comenzó Eustaquio, tiene ya sus cimientos.

La misa de los siete días se celebró en la iglesia de San José de los padres redentoristas. El lleno fue tal, que hasta el mismo púlpito estaba repleto. Hubo representantes del gobernador del Estado y del alcalde de la ciudad. El arzobispo envió una delegación del clero con el vicario general a la cabeza. Según los especialistas, el P. Eustaquio fue picado por una garrapata que le transmitió el tifus petequial.

¡Ahora tenemos un protector más en el cielo, pero un padre menos en la tierra!>>

En los altares

El cuerpo de Eustaquio fue inhumado en el cementerio municipal de Belo Horizonte. Día a día, durante cinco años, una multitud proveniente de todos los Estados de Brasil se acercaba a visitar la tumba. Siempre había flores frescas y cirios encendidos; el 30 de agosto, sobre todo, aniversario de su muerte, la tumba y el cementerio se veían inundados.

Muchas personas venían a agradecer los favores recibidos por la intercesión del Padre Eustaquio. El dinero que, en abundancia, se recaudaba en un cepillo cercano a la tumba, se destinaba a terminar la construcción de la iglesia parroquial.

Cuando en enero de 1949 estuvo terminada, se trasladó a ella el cuerpo del P. Eustaquio.

El mismo arzobispo vino a ver dónde se colocaría la tumba. Los padres tenían previsto situarla detrás del altar mayor para que los peregrinos pudieran hacer sus devociones sin impedir el normal desarrollo de las celebraciones. Ante esta idea el prelado no pudo menos que exclamar:

<<¡Santo cielo! Después de quince años de presencia en Brasil, ¿todavía no os habéis dado cuenta de lo que va a pasar? ¿Creéis de verdad que la gente que entre, va a tener en cuenta que se está celebrando la misa o la

bendición del Santísimo? En medio del sermón se pondrán a rezar el rosario en alta voz como han prometido hacerlo y para lo que han venido. No, no, hay que buscar otra solución>>.

Con su gran sentido práctico el mismo obispo encuentra una situación mejor: la parte inferior de la torre a la que aún no se le ha dado destino. Es precisamente lo que se necesita: en la iglesia, aunque esté prácticamente fuera, y cerca de la entrada principal. Terminados los preparativos, se procede a los primeros trabajos para la exhumación, con la estricta prohibición de hacer la menor publicidad. El secreto es bien guardado; radio y prensa ignoran la fecha. Sólo las personas implicadas en los trabajos están al corriente.

El 31 de enero de 1949, muy de mañana, comienza la exhumación. El número de los asistentes es el doble de lo previsto: alrededor de ciento veinte (autoridades, hermanos de los Sagrados Corazones y algunos parientes venidos de los Países Bajos). A las seis y media se abre el féretro y se sacan los restos. Se limpian los huesos en un rollo de tela de cuarenta metros. Más tarde este rollo será cortado en pedacitos para reliquias. Los presentes al acto se llevaron todo lo que venía de la tumba: trozos de la sotana, la estola, el bonete, el cordón de lana, el cinto de cuero... El impresionante acontecimiento se desarrolló en un silencio absoluto, al ritmo del rosario recitado por los asistentes. Cuando los restos fueron colocados, recitada una oración, se cerró el ataúd.

El pesado ataúd fue llevado a la iglesia y colocado sobre una mesa de granito que reposaba sobre cuatro pequeñas columnas. La noticia de la exhumación se extendió por la

ciudad como un reguero de pólvora: “¡Se puede visitar al P. Eustaquio en la iglesia!”. Corre el rumor de que el cuerpo del hombre santo estaba incorrupto y que se le puede ver a través de una cristalera. La afluencia de gente dura toda la semana, aunque los trabajos no estaban del todo concluidos: hay que terminar el secado de los huesos para poder colocarlos en el ataúd que ha de ser definitivamente instalado y rodeado de una verja.

Se llama a un experto célebre en anatomía para poner el punto final a la operación. Según su opinión es que serán necesarios tres días. Opinión difícil de aceptar: no se pueden sacar de la iglesia los restos durante tanto tiempo y corren rumores de que la familia quiere llevárselos a Holanda. Se elige a otro anatómico que hace el trabajo en una noche en presencia de una veintena de testigos.

Desde entonces hasta el día de hoy las visitas a la tumba del P. Eustaquio no se han interrumpido, sobre todo sábados y domingos. Durante las primeras semanas los peregrinos podían aún tocar el féretro hasta que el 26 de febrero se puso una verja.

Durante estas fervorosas jornadas el alcalde Belo Horizonte dice al P. Venancio Hulselmans que ha hecho una promesa al P. Eustaquio. Quiere conocer los límites exactos de la parroquia para publicar un decreto llamando a esta parte de la ciudad “Barrio del Padre Eustaquio”. Y así se hizo. Desde entonces todos los medios de transporte que toman esa dirección, tranvías o autobuses, incluso taxis, llevan la indicación “Padre Eustaquio”.

El mismo arzobispo comunica al P. Venancio que, algún tiempo atrás, se libró de la muerte después de haber rezado al P. Eustaquio. Le dijo que en momento más crítico de su enfermedad, le rezó así: “¡Mi buen Padre Eustaquio, si me devuelve la salud, me ocuparé el resto de mis días en su proceso de beatificación!”. Algunos días después el obispo le volvió a decir: “No cabe la menor duda; es el P. Eustaquio quien me ha curado, y ayer por la tarde comencé a cumplir mi promesa: he nombrado al P. Orlando Machado promotor del proceso”.

El 30 de mayo de 1956 el superior provincial del Brasil, Gérard Tiéssen, comunica a sus compañeros que el proceso se iniciará en Belo Horizonte. Por parte de la Congregación de los Sagrados Corazones la causa compete al postulador que reside en Roma y se encarga de los contactos con la Santa Sede. El P. Alfred Elfrink es nombrado vicepostulador en Brasil, que se entrega en cuerpo y alma a su tarea, recogiendo la documentación necesaria.

Se realizan los procesos informativos pertinentes en Brasil y en los Países Bajos entre 1962 y 1966. Terminados ya y preparados los expedientes, surge un obstáculo que interrumpe provisionalmente los trámites. En el capítulo general de la congregación de los Sagrados Corazones de 1970 se toma la decisión de suspender todos los procesos de beatificación que se están llevando a cabo, salvo el del P. Damián. En el clima del concilio Vaticano II se ponen objeciones al tipo de proceso en vigor y a los gastos que conlleva; gastos que podrían ser mejor empleados. Al P. Damián, vista su popularidad, no se atrevieron a aplicarle la misma decisión.

Pero, doce años después, el proceso vuelve a ponerse en marcha. Atendiendo la petición de los obispos brasileños, el capítulo general de 1982 permite retomar el proceso del P. Eustaquio. El postulador se pone a la tarea con gran entusiasmo. En 1994 está terminada la *Positio super virtutibus* (declaración sobre las virtudes), que, como su mismo nombre indica, debe probar la heroicidad de las virtudes del P. Eustaquio. El proceso finaliza el 14 de abril de 2004 y el P. Eustaquio es declarado “venerable” por el papa Juan Pablo II. Después, el milagro requerido es reconocido por las instancias romanas. El 19 de diciembre de 2005 el papa Benedicto XVI autoriza la publicación del decreto relativo al milagro atribuido a la intercesión del venerable Eustaquio: la curación de un cáncer de laringe en 1962 del P. Gonzalo Bélem, párroco en Belo Horizonte. Por fin, todo estaba preparado para la beatificación, que tuvo lugar el 15 de junio de 2006 en Belo Horizonte (Brasil).

Consideración final

El saludo del beato P. Eustaquio era “salud y paz”: a sanar los cuerpos y a pacificar los espíritus, sobre todo de los enfermos y más necesitados, él se dedicó con todo su corazón, gastando su vida por entero en esa misión evangélica; por eso, es de justicia resaltar la sensibilidad del beato Eustaquio van Lieshout tanto para con las alegrías y esperanzas de los pobres, enfermos y pequeños, como de sus tristezas y angustias.

Con palabras del papa Francisco bien se puede decir hoy que Eustaquio fue un pastor que “olía a oveja” y que, aceptando la llamada de Jesús, supo salir de su propia comodidad y se atrevió a llegar a todas las periferias que necesitaban la luz del Evangelio.